

PQ
8497
Z37
B3
1954
mn

UNIV. OF ARIZONA
863.63 Z39b
Zavaleta, C. E./La batalla y otros cuent

mn






3 9001 03978 4320

LA BATALLA y OTROS
CUENTOS.

x

ZAVALETA.

 **Gaylord**
SPEEDY BINDER
 Syracuse, N. Y.
 Stockton, Calif.

C.E. ZAVALA

la batalla

Herederero de las virtudes de **Ciro Alegría**, **Enrique López Albújar**, **José Diez Canseco** y **José María Arguedas**, **C. E. Zavaleta** ofrece aquí seis cuentos dignos de ser juzgados como los mejores de los últimos años en el Perú.

El joven ganador —tiene 26 años— de varios premios de cuento y novela (entre ellos, el Premio Nacional “Ricardo Palma”, del Perú); autor de **El Cínico** (1948), novela experimental que causara revuelo en un certamen literario; fundador de revistas de gran calidad; estudioso de la técnica novelística contemporánea; traductor de **James Joyce**; impugnador de **Aldous Huxley** y de **William Faulkner**, ha in-

Precio: S/. 15.00

MONEDA PERUANA

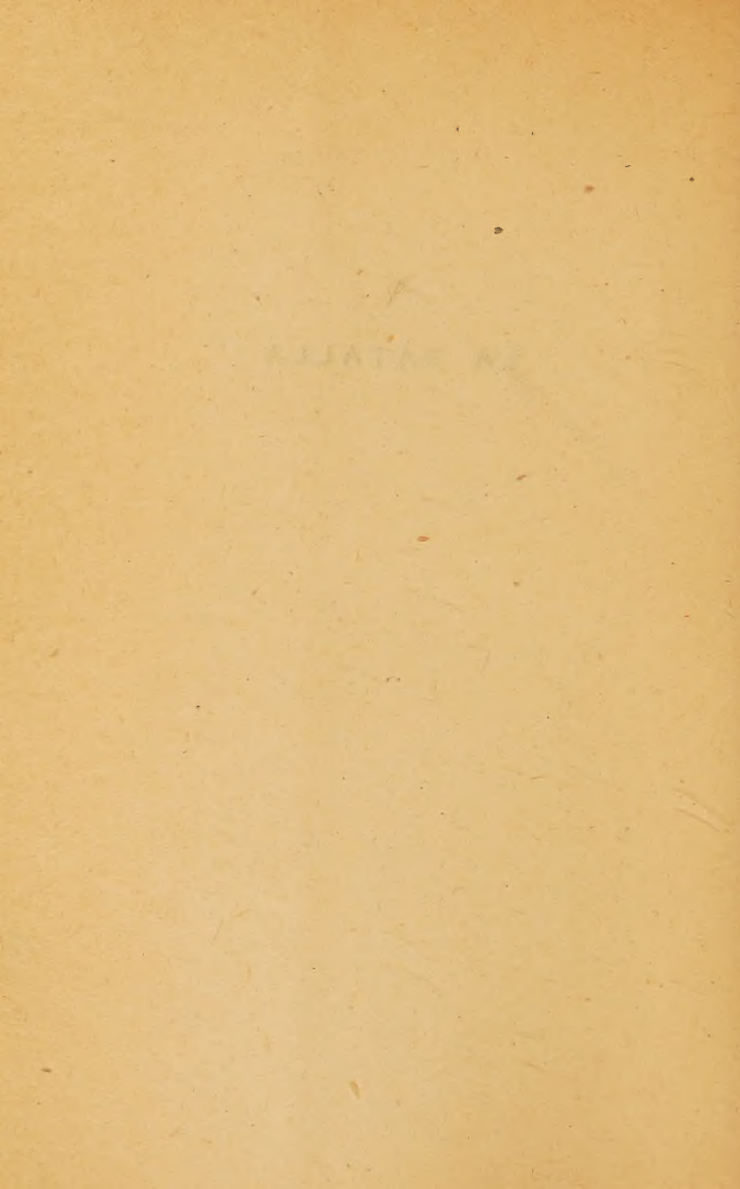
C. E. Zavaleta

Pichincha 493

Lima. — Perú. —



LA BATALLA

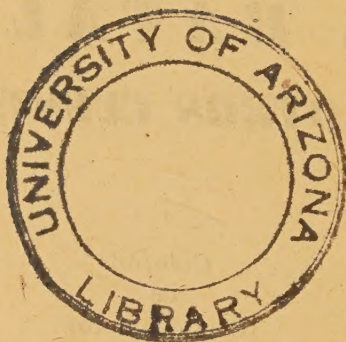


C. E. ZAVALA

LA BATALLA Y OTROS CUENTOS

Colofón
de
Alberto Escobar

LETRAS PERUANAS



Copyright by Carlos Eduardo Zavaleta

Ediciones Letras Peruanas

Apartado N° 1645

Lima, Perú

863.63

396

LA BATALLA

La primera corneta de la banda del colegio Santa Inés de Yungay hizo olvidar el pueblo de Tingo. Inundó Caraz a su ingreso por el infinito solejar de la pampa de San Miguel, y de ahí en adelante, junto a los tambores, a la soberbia de las demás cornetas y al grueso de los alumnos uniformados, que marchaban a pie luego de haber descendido de sus camiones, avanzó y festejó todo el pueblo la llegada de los cordiales enemigos que iban a jugar en contra del colegio Dos de Mayo.

El forastero, una vez cambiadas sus ropas, no dejó de mirar la plazuela caracina, tan sombreada de ficus, tan bien puesta a fin de darse al Huandoy, radioso y metálico bajo el sol fulgente. Inclinado sobre el balconejo del hotel escuchó los sonos varoniles, agudos, luminosos y vibrantes, y bañóse en el rumor de la marcha y los aplausos. Aún se estuvo inmóvil cuando aquel robusto mozallón santainesino llegó a la plaza encabezando el desfile y subió por una de las callejas repechosas y empedradas; mas apenas si soslayó con desgana el estandarte y desvió luego sus ojos de las muchachas que cruzaban y marchaban delante de los varones.

Y era que había venido a otra cosa. Había venido a abandonar a los muchachos de su edad y a olvidar que también él había regocijado desfilando, alguna vez, en uniforme, y había defendido a su colegio con la pelota o con los puños. Había venido a echarlos del campo de sus mismos ojos, que aún deseaban reflejarlos. Descendió, al fin, y avanzó el último tras de la fanfarria y de los curiosos que cerraban el desfile; y tal fué la columna del gentío que ganaba cual una sierpe el recuesto, que cuando llegó al Mercado se dijo que ya el primer cornetín estaría en el Dos de Mayo. Paso a paso echó sus pies sobre las cantosas pedrezuelas. Siervo del sol, se despojó del saco y, diez minutos más tarde, cruzó junto al achaparrado edificio del colegio desoyendo el menudeo de hurras y aplausos. Y luego, se dijo, vendrían los dis-

cursos y las competencias deportivas: mas él iba camino de Tingo, aquella vieja aldea sepultada en este día de su fiesta por el vibrar de unas cornetas y la alarida de unos muchachos.

Nadie supo cuándo el forastero rebasó el colegio. Los grupos de adolescentes y de aderezadas familias avanzaban todos en dirección del Dos de Mayo, y nadie pudo imaginar que siendo él joven huyera de tales compañías y se fuera, quitado el saco, a subir la trocha esa que iba a Tingo. Sólo a los indios podría ocurrírseles tal cosa. Si alguno lo vió y se preguntó quién era, desdeñoso sin duda tuvo el visaje. Si Bertta, la hija del señor Abel Alba, hubiera estado en el lujoso chalet de su padre, puesto muy en lo alto a fin de dominar, a un lado, el puente vecino al matadero y, a otro, una huella de bardillas, quizá le hubiera visto subir, ingresar en esa tenducha del puente y beber una tibia kola coracina salida de la fábrica de aguas gaseosas del señor Jesus Romero. Hasta le hubieran seguido sus ojos por el repecho ganado de matas y de pircas: mas también ella vocaba en el colegio y allí, en el matadero, una caseta habida en el sombraje de unos árboles, lavaban unos indios el sangriento piso y ninguno miró el puente. El forastero, pues, sólo pudo ser diviso lo docientos metros arriba, cuando la pina cueca se volvía una colleja y lumbrecaban ya unos tejados cual unas frutas bajo el sol. Y esto ya era Tingo, y los tinganos sabían que un criollo que subiera en mangas de camisa, o una hembra sin ta-

cones altos, sin ánimo de echar la prosa, fuesen o no envueltos por la nueva y segunda fanfarria de una banda pueblerina, venían sólo por una razón. Por la fiesta del cóndor-rachi.

Fué así que uno de ellos respondió como era debido a este mozo que venía sin corbata, desjugado el pecho y vaiveneando el saco. Le dijo que siguiera de largo y torciera a un canchón de la izquierda, aledaño al morro aquel donde, según decían, se soterraba un antiguo edificio incaico. La huella parecía ir en un solo sentido y mutilarse a sólo veinte metros arriba, límite del cual nadie pasaba, torciendo, en efecto, a la izquierda. Para nadie en Tingo era secreto que este año la celebración obedecía, a más de la obligación de seguir la costumbre, al desafío habido entre el capitán Mendoza, el jefe provincial, y el señor Chueca, dueño del Ingenio, unos sembradíos volcados sobre el segundo puente, llamado Calicanto, allá en la hoyada donde moría Caraz y repechaba el camino hacia el distrito de Pueblo Libre. Todos en Tingo lo sabían y jamás se les ocurrió dudar que el recién llegado lo ignorara.

Apenas, pues, si los lugareños habían tenido tiempo de aderezar sus comidas y dejarlas al rescoldo, cuando, a mediodía, se dijeron que debían ya partir hacia el canchón que hoy negreaba de tan lleno. Ufanados lucían porque la sola calleja del poblacho la habían cerrado unos camiones y los tres automóviles llegados de Huaraz con los amigos del señor Chueca,

y porque sus mujeres habían fabricado al aire libre, de simples cajones, un mostrador para la venta de li-cores, chicha y butifarras. Sin ser parciales de aquella fiesta hombruna del cóndor tironeado y despedazado, las mujeres casadas y las madres parideras habían faenado en las comidas y la chicha; habían lavado, almidonado y planchado los vestidos. No pudo exigírseles más. Pero las mocetas y las muchachas maltoncillas rodeaban con mucho desenfado a los jinetes, juntados al fondo en grueso número, o merodeaban en torno de los indios que tocarían el contrabajo, el bombo y los platillos; o, si no, medrosicas, en fin, escudriñaban ahí en lo alto, en viaje rumbo al sol, al pajarote ligado en largo travesaño, a su vez ligado a dos postes. Sí, ellas lo veían: el extraño animal se estaba quieto, inmóviles sus plumas y sus zancas por cosa de una salvaje, arisca y momentánea esclavitud: vieron su pico y sus ojos incendiados jadeando en una espera inacabable; y aquel enorme pico rocalloso vomitaba una ardida lengua y era encimado por unas fosas, que ahí, en su raíz, simulaban ascuas reposadas; y el plumaje negro —una noche herida por el albísimo plumón del cuello— se había desmelenado, ofrecido al sol cual una seda, a tiempo que en el bultejo de su cuerpo, en la quilla de su pecho, se adivinaba ya un palpar oscuro y aterrado.

Merodeando, pues, las muchachas de menos de veinte años, cataron al recién llegado echando sus ojos al cóndor de albo cuello y patas cual raíces de

teboles, a sus alas extendidas que prohijaban una sombra, un manto amoroso y diminuto sobre lo ancho del solejar. Mas cuando se dieron a fijarse en él, sucedió que éste, al no ser tímido, se allegó a conocerlas, indagó sobre la fiesta y se atrevió incluso a cortejarlas, muchacho vivaz como era. Allá, al fondo, jinetes los unos de botas relucientes y plateadísimos arneses, y los más de zapatones y aperos miserables, caracolearon ya sus caballos. Hasta que, al fin, demudóse la fanfarria y despuntó luego con el requiebro de una marinera salpimentada de los alaridos de Chueca y del capitán Mendoza, y de las cordiales befas que de la enramada les echaban los notables.

Entonces, jadeando junto a los caballos y a la tez de una mestiza, renovó el forastero sus preguntas. Bajo azoros y risillas le repusieron ellas que aguardase y mirase bien lo que hicieran el cóndor y los jinetes. Y, al punto, se apiñaron éstos a unos cien pasos del travesaño donde negreaba el crucificado, el murciélago vanidoso de sus alas, aquella desgajada fronda de árbol, o, más bien, aquella araña gigantesca y fantasmal, durmiendo en el centro de sus hilos, en su nidal de sogas y correas. Agitóse el mujerío, escanció alguien el primer peto de chicha y carajeó un pendajo. Y así nació la ríjosa fiesta. Sumiso de la claror del sol --relumbrando en su lecho de algodonalles-- y a la vista de los notables de la enramada, gallardó un lluto cholo, burló la marinera en dos paños, y fue a tentar el ánimo del cóndor y revelar

las mañas a sus patrones. En mal caballejo arreció el galope y pasó cual centella por bajo de la sombra, del murciélago, o quizá, de la tarántula; y las jovenzuelas tuvieron que decirle al forastero —pues nada había advertido— que el cholo había puñeteado al animal y que éste, libre apenas cuello arriba, habíase volcado a picotearle, pero que el trascendido había fugado como una exhalación. ¡Tan bien nacido el cholo! Y le dijeron que siguiese mirando, pues todavía el pico graznó y quedó abierto; llamó la lengua rojiza y agitó el pájaro sus alas; mas las ligaduras resistieron y las escocidas mocetas añadieron, finalmente, que el cóndor padecía hambre y sed desde hacía dos días.

Cuando el segundo cholo cruzó por bajo de la sombra y tuvo tan sólo entraña para elevar sus ojos, fué el forastero a apoyarse en uno de los postes a fin de mirarlo todo sin engaño y porque el cóndor le librase del sol. Lo confundió sin duda con un árbol, con una fresca nube, o con la luna que suele alzarse entre la tierra y el sol, oscureciendo el día. Las mozas pudieron, pues, apreciar bien sus reacciones. Al galopar el capitán Mendoza en sus arreos militares, el forastero hizo un gesto para descubrir el impacto; y dijo que sí lo había hecho; pero fué saludado por la risa de sus amigas, quienes no vieron golpe alguno, pues, solamente cuando iba ya a rebasar al cóndor, empinóse el capitán en los estribos y lanzó al aire un puñetazo, como quien descarga una comba o un hachazo traicionero. O quizá el extraño tenía ojos de buen

cholo y les había jugado apenas una broma; en todo caso, se dijeron que volvería adonde ellas, testigo ya de la ira del cóndor, del fulgor del sol y de la dulce música de un huayno que añoraba la vida soterrada.

Mas él echó saco y corbata al suelo y remiró aún más al avanzar el señor Chueca. Un príncipe en el mejor caballo de la región, oreando los vellos de su pecho y remangada su camisa, Chueca tenía otra forma de combatir. Venía de lejos celando al cóndor y galopaba tardo, desafiando las armas de éste. Así lo hizo ahora. Levantó, luego, el galope, de pie en los estribos y sin tocar jamás la montura; y, cuando llegó a verse con el pájaro, blandió el puño derecho sin temor alguno: pescuezo y pico, entonces, se lanzaron en su busca, mas, de súbito, recogió un brazo y abatió el segundo en formidable puñetazo, ahí, en el pecho de rocas y plumajes. Enfurecido, volvió el cóndor a atesar las cuerdas, si bien ya nuevos hombres y aun colegiales cruzaban por lo bajo, unos a lanzarle buenos golpes y los demás a rozar tímidamente sus patas, a arrancarle una pluma, a mofarse de él, a sacudirse del miedo y a mirar fríamente la faz aquella hecha de huesos, de plumas, de raíces de árboles y piedras guijarrosas; y cada vez que un jinete se escurría bajo el animal, tenía que describir un semicírculo, ponerse de nuevo en la columna y aguardar el turno siguiente; pero, antes, como en una obligación, se allegaba al mostrador y brindaba con chicha sentado en su caballo.

Para la segunda vuelta el forastero oliscaba la chichería y había escuchado ya las condiciones de la apuesta entre el capitán Mendoza y el señor Chueca. Ganaría cincuenta libras el macho que, a pasos iguales, colocara más puñetazos debajo mismo del pico. Las mocillas vieron al forastero, riendo y mirándolas, consumirse de lo lindo un grande poto de chicha. Y vieron luego que ya para esto, como reza el dicho, la cosa no era con guitarra sino con cajón. El capitán Mendoza, carajeando, puñeteó, al fin, con violencia, y el señor Chueca envió al animal lo que se llama un huaracazo y sacudióle de tal modo que se escuchó un graznido, una queja, cual si le cortara el resuello; mas cuando vino el turno de los prosistas, uno de los faites fué como levantado en peso por el tamaño pico saturniano; fué abajado de su caballo, despedido y vomitado; y cuando le alzarón, deshecha tenía una manga y sangraba ese hijo del vecino de su padre. Nadie, entonces, quedó en la enramada. Los notables se hundieron en el polvo a par que una vieja la emprendía a voces contra la festividad y las señoras se llevaban herido al pobre cholo. Medio gentío anidó el rabo entre las piernas. Pero siguió aún más la turbamulta... Las mocillas fueron vanamente nombradas y reprendidas por sus madres, y cuando una calma nueva, ya nerviosa, se rehizo, vieron ellas que ya el forastero estaba, inexplicablemente, encima del caballo que perdiera a su jinete, y que aún se allegaba al señor Chueca.

—A sus órdenes —le oyeron decir—. Vengo de Lima. Jamás había visto cosa igual.

—¡Oh, mucho! —dijo el mayor hacendado de Caraz.

—Me han hablado de una carrera de cintas, de un juego de niñas comparado con esto —añadió el muchacho.

Chueca se dió a reir.

—Por supuesto —repuso—. ¡Con cintas! Se cuelgan de un travesaño y uno tiene una varita en las manos y los jinetes deben ensartarla dentro de los anillos que las cintas tienen en sus puntas.

—Y sé que en el Sur cuelgan un gallo —intervino un jinete.

Y aún más: vieron ellas que a partir de entonces el señor Chueca se le hizo muy amigo, metióle lo que se dice en la candela y le invitó la meliflua chicha caracina; y vieron que, a seguida, el forastero avanzaba gallardeando y decía al capitán:

—Muy buenos días. ¿El capitán Mendoza?

—Sí, el mismo.

—Ud. tiene un primo... David Mendoza.

—Ah, sí —sonrió aquél—. Hace mucho tiempo que no sé de él ni de su familia. Vivían en Chimbote. ¿Los conoce usted?

Con sólo tales frases se hizo muy visible. Y todavía, a fin de mostrar que no había olvidado a las muchachas, las cuales se hacían mutuamente cosquillas y se llenaban de rubores, ordenó a la mestiza de

las butifarras que las sirviera a voluntad; por toda retribución, entonces, solicitaronle ellas que no interviniera en el cóndor-rachi, pues se precisaban muchas mañas, y se exhibió él muy sensato al decir que apenas cruzaría por lo bajo y que jamás se le había ocurrido dárselas de valiente.

Y vino así la tercera vuelta. Dióse la banda a tocar un vals criollo, zumbón, malicioso y carbonero. ¡Y fué de verse la pandilla de haraganes caracinos que llegó oliendo a chicha, y al brazo unas guitarras, después de fugar, sin duda, de la fonda de Godenzi o del billar de Ricardo! Ya los curiosos formaban una calle desde el fondo del canchón hasta los postes que exhibían a la araña, al insecto, a las plumas deshojadas. Y por ahí cruzaron cual desmontes el capitán Mendoza y el señor Chueca. Y no sólo ellos: todos se dieron a lo macho, pasaron raudalosos y tundieron en un mismo sitio. Y el sol, digo, la sombra, ni siquiera se movió. Al fin, cuando la columna se rehizo, el señor Chueca apartó la chicha y dijo:

—No llegará a las diez vueltas.

—¿Cree usted? —dudó Mendoza—. No es tan chico...

— Ya le vamos a romper las costillas.

—Oh, sí. ¡Pero de ahí a matarlo...!

Partió el demonio de Chueca. Siendo zurdo, iba el muy cunda lo más a la derecha que pudiera, ladeaba cintura y caballo al pie mismo del cóndor, y esgrimía ambos puños cual si se peleara con un trejo; no co-

gía las riendas, ni se sentaba en la montura, ni pantalleaba sus ojos del sol. Mas este su nuevo golpe no llegó al corazón; más bien, con ambas manos, y cual si fueran garfios, golpeó en dos sitios el pecho a fin de aplastar un costado sobre el otro. Y el golpazo fué para el crucificado una lección: volcó más el pescuezo y cubrió la parte adolorida. Así, la escena por venir volvióse sangrienta y anhelosa desde antes de su llegada. Las plumas del pájaro se esponjaron en el aire, en el sol, quizá en una luna extraviada, y sus ojos rociaron el campo y las gentes de un odio justiciero que aun iría a cobrarse las deudas no debidas. Mendoza, por ello, tuvo que inhibirse de su clásico golpe de porra al ver el pico, se diría ensangrentado antes de tiempo; y perdió así una vuelta y los demás jinetes dudaron un algo a fin de mirar si corría sangre de los puños del capitán.

—¡Vaya con el desgraciado! —palideció éste.

Tampoco el tercer jinete descargó su golpe. Pero los nuevos trascendidos rasgaron el aire, dos de ellos tundieron el mismo corazón, y los dos últimos, sin saberlo, molieron el pescuezo de la negra nube, de la salvaje rama, e hicieronle batir alas y patas en ademanes de agonía. Ya todos querían hoy poner las manos al fuego... Y hasta calló el sol, pues pareció que había estado hablando. Sí, y hasta un grupo de indios que bebía los dejos de sus patrones atrevióse a avanzar.

—Atracito, taita... —mendigó el primero hacia Chueca.

—Allá ustedes —dijo él—. Pasen, si quieren. No digan que yo les mandé.

Se pusieron tras de la columna y un indio montó en vez de un faite caído de la silla de puro tieso. Terciaron ellos los ponchos y hundieron los pies desnudos en estribos. Los aparejos de sus cabalgaduras eran para borricos, de esparto y con estribos de madera; apenas si los animales lucían viejos y resecos bozales; pero ahí marcharon al compás del contrabajo y los platillos. Y Chueca, en eso, hizo partir el nuevo grito. Avanzó por la derecha, se ladeó a la izquierda, dió un puñetazo ahí donde nacía el ala y, una vez repasado el peligro, giró con inusitada maestría y chasquearon sus dos manazas en las espaldas del pájaro, que se revolvió acezante; y partió el grito de protesta de los demás jinetes, cortándose al punto éste, y brotando uno nuevo, de terror, cuando Chueca, que jamás se cogía de la montura o de las riendas, salió despedido y cayó delante mismo de su caballo, el cual cruzó y relinchó por cima de su cuerpo. La banda rompió su bombo o sus platillos y todos dijeron que estaba herido o muerto. Mas Chueca la emprendió a puñadas contra quienes le auxiliaron.

—¡Déjenme! —se alzó polvoriento—. ¡Mi mujer no está aquí y nadie debe agarrarme...!

El cóndor se revolvía y graznaba quedamente. Enloquecido, Chueca avanzó a beber la chicha que antes rechazara.

—¡ANTUCO! —rugió.

Llamaba a un indio que ya contenía el alazán.

—La cincha, don Pedro —dijo—. Sia roto.

—¡Pues cámbiala! —estalló—. Y usted, ¿qué hay? —voceó en son de guerra al capitán, que ni se había movido.

—No le debió golpear atrás —habló Mendoza.

—¿Qué no? —escupió Chueca la chicha—. Tiene el pescuezo descolgado y lo mueve por todas partes. Le dí atrás después de darle por adelante.

—Aunque sea —repuso el capitán.

—¿Ah, sí? —se le enfrentó el rijoso Chueca y anduvo a pie hasta su caballo—. ¿Tanto le hace hablar el miedo?

—Cincuenta libras más, si quiere... —vino el indignado desafío.

Las muchachas temieron una gresca. Pero llevóles sonriente el forastero un pote de chicha, el cual lo bebieron mofándose las unas de las otras, achacándose mutuamente el estar enamoradas; y así, en fin, bebidos la tentación, la miel, el paraíso, flotaron ellas sobre algodones, durmieron y sonrieron de pie a un mismo tiempo. Borrachinas quedaron. Cuándo partió el capitán, no lo supieron. El rumor de los cascos se sintió sobre la música del huayno y, al desviar ellas la cabeza, vieron con espanto que algo se había tenido en el aire, que el capitán, su caballo y el cóndor eran un mismo cuerpo, y que el pico palpitaba, sin separarse de una mano o de un ojo de ese hom-

bre. Chillaron, pues; y a sus voces se unieron las de una mujer, vestida de azul, que se abalanzó de entre los notables, mucho antes de que éstos reaccionaran y azuzaran al caballo a fin de librar al jinete de aquel destrozo del pico y de las garras. Fugaron muchos a la calleja o se encaramaron a pircas o bardillas, pues parecía que el cóndor se había zafado de las cuerdas. El loquerío fué desusado, como si alguien no sólo hubiese muerto, sino como si algo más hubiera ocurrido con la existencia de un ser humano. Al fin, cuando hasta los platillos y el triángulo de la fanfarria cayeron arrojados por las gentes que fugaban o auxiliaban a Mendoza, sólo se vió al caballo dando de corvetas, perseguido por la mujer de traje azul; y cuando ella pudo impedir dos veces que sus enormes tacones de limeña la volcaran, oyéronse los gritos del extraviado capitán que escondía una mano a sus espaldas, escupía la sangre de su rostro y se defendía con los pies a fin de impedir que las gentes le abajaran. Voceó él, echó ajos y cebollas y rancio olor a chicha. Empero, cuando pisó tierra y manoteóle con sorna el señor Chueca, demudóse el capitán y la sangre de su boca y de un lado de sus mejillas empezó a manar salvajemente. Su mujer, entonces, salió a defenderle y se abalanzó sobre Chueca. Nadie pudo impedir que dentelleara las manos de éste y hundiera las uñas en aquella piel mordaz. Las gentes, a par, remolinearon cual un animal en busca de su cola herida. El capitán arrojó su propia sangre

en el vestido de su mujer y empezóla a golpear —pues no le dejaba combatir cual un hombre—; y Chueca, a su vez, golpeó también gustoso a esa mujer que no le dejaba acercarse a Mendoza y partir sus labios de un solo puñetazo. Y todo sucedió cuando en lo alto jadeaba un corazón, una araña, un terrible manojo de pencas, y dejaba caer, con serenidad pasmosa, sus primeras gotas de sangre alucinada.

Al cabo, ambos rivales se miraron. El capitán, se dijo más allá, había perdido el dedo de una mano y había sido picoteado en la cabeza: quedó mudo y acezante después de haber arrojado al suelo a su mujer y descansó un segundo a fin de echar el primer ajo contra Chueca. Éste, pudo, pues, acabar con Mendoza de un solo golpe. No hizo, empero, movimiento alguno: cobarde hubiera sido el atacarle. Silbó Chueca a su caballo y se apartó. Y, entonces, en un descuido, el capitán y su mujer se le fueron encima y lo tendieron por el suelo. Pero Chueca tenía bien ganada su fama. Apenas se puso en pie y evadió las botas del capitán, golpeóle una sola vez, ahí, sobre la sangre, y el capitán y su mujer volaron lejos y todos contuvieron a este hombre que iba a despedazar a la pareja. El forastero auxilió, voceó y miró al condor: lo confundió de nuevo con el sol. Las muchachas, en cambio, temerosas a un comienzo, y luego indignadas y humanitarias, se fueron en pos de pañuelos, de lienzo, y algunas, absortas, miraron tan sólo esa mano sangrienta y esa cabeza deshecha

del herido; y vieron a Chueca jinetear de nuevo, hundir su puño en el cóndor, levantar el ruido de unos charcos, y a los demás jinetes envolverse los puños en pañuelos, retazos de ponchos y camisas, y lanzarse hacia el pájaro, el cual rociaba ya herida sangre de su pico. Ya nada tenían ellos que temer, protegidos sus puños. Sin embargo, todavía el cóndor tuvo fuerzas para deshacer una ligadura, blandir las extrañas ramas de unos garfios e ir desgarrando las camisas y sembrando los brazos de hilos rojos. En su pico llameaban retales de vestimenta y sus ojos lucían ya perdidos, más aún salvajes y coléricos.

Los notables de Caraz no pudieron más. Abandonaron a los jinetes que sólo bebían chicha antes de iniciar los pasos y de seguir al demonio de Chueca, tan ufano de los borrachos y de los vagos que habían cogido las guitarras y habían reemplazado a la banda. Si algún indio renunciaba, un borracho se improvisaba de temerario y subía al caballo libre. Las muchachas le dijeron a su amigo el forastero que todavía el cóndor duraría mucho, destrozaría aún dedos y manos, y que, tal vez, si conseguía librar sus alas, desmayaría a los intrusos; pero que jamás se escaparía de la muerte. El charco del suelo aumentaba a cada paso, y ya los perros, tan sabios, se iban a lamer la sangre y a ser arrojados por el cruce de los jinetes. Ellas le dijeron, en suma, que únicamente los indios verían el final. Mas se pesaron de haberlo dicho, porque en un descuido, y sin despedirse de nadie, el

forastero devolvió el caballo ajeno y se esfumó, y ni siquiera supo que media hora más tarde hasta los indios y los borrachos se habían espantado de que Chueca tomara una rienda y zurriara salvajemente al cóndor, de que se detuviera debajo mismo de la sombra que le protegía del sol y la flagelara entre insultos y el alucinado chisporroteo de la sangre. Y tampoco supo el muchacho que media hora más tarde el cóndor no había muerto aún: ahí estaban sus garras libres, su pico rojo, un coágulo o una flor de sangre, y ahí estaba el charco maldito y crecido, lamido y besado por los perros. Chueca bebía más chicha y flagelaba más y mejor; y, en un instante, desde su caballo, aferró una pata del animal y se la fué tirando a pocos, enloquecido por la fuerza de los huesos, de los insospechados metales habidos en la carne. Los indios se hicieron a un lado y las guitarras se acallaron, y ahí se estuvo Chueca, borracho, cayéndose de la montura, si bien insultando y echando espumarajos. Hasta que colgóse de nuevo de las patas, de las plumas, y hombre y animal se hundieron, rotas las ligaduras.

Mas tampoco fué ése el fin. Ahí se levantó el verdugo a hundir sus botas en el pecho, a beber una mar de sangre, hasta errar un puntapié y caerse él también junto al cóndor, que le miraba y le lanzaba su jadeo, sus dignos y débiles graznidos. Ya ni las alas se movieron entonces: apenas si los garfios de las patas se abrían y cerraban por cosa de los golpes. Y

seguía el salvaje hablándole borracho a la tierra y a las plumas deshojadas, vejando a la escombra del pájaro aún vivo y golpeando a los indios que buscaban dejarle en dos pies...

No, el forastero no vió eso; devolvió simplemente el caballo y se esfumó; y cuando el grupo de muchachas de Tingo salió a buscarle, se iba ya por el puente, descendiendo la cuesta con su saco al brazo y una actitud que no se sabía si admiraba o compadecía a los hijos de la aldea.

1953.



EL PEREGRINO

Estoy haciendo lo que no debo— dice David casi en voz alta—. Estoy sudando en pleno invierno.

Y, como si sus piernas desconocieran que de ellas viene ese pensamiento, se ponen todavía rígidas, nerviosas y metálicas, cual si fueran las patas de un pájaro disecado. “Aló, mis viejos; aló, Chimbote... —llama su voz pensada hacia los aires—. Todavía no muero. Y a fin de que os halléis tranquilos vosotros dos —añade—, me he levantado temprano, he fugado de los ojos de la dueña de pensión, cuando ella

vociferaba que no iba a darme desayuno, ni almuerzo, ni comida, puesto que ya le debía demasiado, y heme aquí, hambriento y a pie, dispuesto a caminar veinte o cuarenta condenadas cuadras hasta llegar a la Facultad”.

Arriba y abajo, la avenida Du Petit Thouars es una rutinaria procesión de casonas y chalets, de muros y tenduchas bajo el cielo lamido por estéril lengua diluviana.

—Pero llegaré al Centro un siglo u otro —piensa David—. ¿No es cierto, Ismael?

En el acto, entonces, allá, en Chimbote, y aquí, en la tenue oscuridad del revés de sus ojos, se abre —cinco años atrás— un paraíso de cielo añil y fulgente sol, y resuena la voz del mar sin fronteras, los suspiros de las olas que echan alfombras a la playa, a esa arena clamorosa y al polvo antiguo que han formado el pueblo de Chimbote. Y por cima de la arena, hendiendo la voz tonante y colmada de suspiros, retozan David e Ismael, riñendo sobre cuál de ellos había cogido mejor presa de la alacena de su madre. Corrían entonces dos muchachos que vestían igual, que lucían las piernas desnudas, los zapatos igualmente gastados en la punta y los tacones, los pantaloncillos cortos y las abiertas camisas sobre los pechos calcinados; se diría, incluso, con los rostros mudando iguales de piel por el terrible sol mineral, por el lúcido testigo de la dicha y los fulgores.

David, avanzando por la Avenida, ve en su recuerdo dos figurillas que tenían cruzadas en bandolera dos maletines iguales, llevando los mismos cuernos a la misma escuela. Sí, y cada cual portaba, además, un paquete de fiambre acorde con su tamaño y edad. Entonces, por turno, se iban con la pelota de jebe, la cual se había hecho ya de cuero en el cumpleaños de Ismael y había alzado más la envidia de David, que, ahora, al influjo de la añoranza, sonríe viendo fugar las ruedas —tan sólo las gigantes ruedas— de un maltrecho, inclinado y trepidante ómnibus que acabará su recorrido en la Avenida Tacna.

—Y, sin embargo, te maté —piensa David; se detiene en una esquina, mirando a fin de cruzar—. Y por eso los viejos me enviaron a estudiar a Guadalupe y después a la Universidad; arrojaron de sí a un asesino y quedaron tan limpios como tú, Ismael.

Un auto le mira y no le deja avanzar. El cielo frío es un viejo y macilento algodonal. Ismael, su hermano muerto, que jamás ha conocido estos sitios, le acompaña en silencio, a veces fuera y a veces dentro de su pecho. El auto renuncia a verle y se va. David cruza la calzada. “¡Vaya! Unos pasos de menos entre mi cuerpo y la Facultad, adonde llegaré sudando en pleno invierno”.

Cinco años antes, una radiosa mañana en que el mar se exhibía el mismo de fresco y gigante, tumbado y desafiando al sol, David se desligó del mar y

de la luz, y sintió, en cambio, perenne y humilde, el llamado del suelo que hervía bajo sus pies y que, por cercanía de las aguas, había renunciado a ser la bronca, estéril y huérfana tierra de los macizos serranos, a fin de volverse el polvo y la arena, echarse suave y blanda, beber las aguas y hacer del sol un puño que la muele y convierta en polvo. Y el llamado de la tierra había sometido la voz del mar y David se había negado a bañarse. “Vamos antes a jugar” —había propuesto a la media docena de colegiales, todos ellos adolescentes de catorce a dieciséis años, con sus extrañísimos rostros que día a día cambiaban de apariencia, como si ante sus mismos ojos rehiciera o deformara alguien lo que ya estaba hecho, como si humillara y destronara los donosos visajes de niños que siempre habían lucido. David habíase puesto ante el mar, tocado de su frescura y dejando al sol penetrar en su camisa y hervir a su piel toda. Pero cuando se había vuelto a los muchachos, acuciándoles a jugar, había descubierto que Ismael estaba allí con un rostro más alargado, más moreno, con un bozo nuevo y denegrido, con una muestra, en fin, de haber sido lavado en una agua turbia, quieta y sempiterna. Años, había pensado automáticamente. “Hace muchos años que lo veo, pero solamente hoy va a cumplir diecisiete y yo catorce”. Ismael, en cambio, ignorando que su faz no era la de ayer, había sonreído con ingenua decisión, aunque la sonrisa habíase vuelto una mueca, y él, un repulsivo mocete de largos

dientes, cenceño de lo alto abajo y de una nariz muy ganchuda. Y, más allá, el Pescao, en quien sólo había visto a un chiquillo endeble, un redomado picaruelo, había traspuesto con su figura de niño los quince años y llegado así a la completa adolescencia. Y quizá si el pobre David, robusto como era, dejaría de crecer y sólo engrosaría en el futuro. “Nos están rehaciendo” —había pensado—. “Creo que nos despedazan de noche y se equivocan al rehacernos por la mañana”.

Y a ese hermano, tan sólo por hacerle reir, le había llevado durante muchos días a los pozos cercanos a la playa, a los charcos cubiertos de mosquitos, y le había hecho correr y vocear con otros rapazuelos, cruzando esa negra nube y matando animalillos con las manos; y todavía, a fin de que todos rieran más, les había conducido al mar y les había incitado a meterse sudorientos en el agua.

—Y en ese momento, sin saberlo, alcé el hacha y te maté —piensa David—. Pero ¡ah! si supieras cuán dulce te has vuelto al morir...

Ismael había vuelto enfermo de uno de esos paseos y se había tendido en la arena; y David —tan sólo por hacerle reir— le había desafiado con un insulto a nadar hasta el muelle de Chimbote. Eso había sido todo. Desnudóse aquella vez y, abiertos los brazos, escupiendo el agua y chopoteando en ella, se lanzó Ismael hacia David entre blanca nube de escandísimo licor. David aguardó ser rebasado y se dijo que se haría el perdidoso. Allá, al fondo, los planta-

dos rieles del espigón hendían el oleaje y las aguas rumoreaban bajo el enmaderado, cual si pudieran anegar en un instante, cual si gozaran con sofrenarse. David aguardó una ola y saltó cuando la masa elástica —un nido de blandezas— se henchía sosegada, tendió los brazos delante, agitó los pies y varó plácido, como los niños, sobre la arena de la playa; y entonces corrió a recibir a Ismael y a decir que no había podido más; pero éste, luego de nadar furiosamente, escupir y alisarse los cabellos muchas veces, llegó jadeante, su cuerpo cenceño y crecido, echó aire en el aire y mantuvo hondo silencio que, al fin, se rompió de asombro.

—Te gané —dijo.

—Sí —rió feliz David. Mas descubrió que su hermano temblaba.

—¿Qué pasa? —dijo—. Estás temblando.

—No —protestó Ismael.

Avanzaron sobre la quemante arena.

—¿Qué me pasa? —indagó Ismael—. Estoy temblando.

—No —replicó David—; no tienes nada.

Mas David tuvo que llevar en sus manos las ropas, pues ya Ismael corría tembloreando a la casa húmedo y escupiendo como estaba.

David prosigue su marcha y se da con otra esquina.

—Ah, David —dice—. ¿No ves que te cansa y sudas en invierno...? Persígueme tú, viejo, con t

cinto; y tú, madre, arrójame leños, tijeras y cuchillos. Sólo así llegaré temprano a la Facultad. Si no me espantais, quedará tendido apenas vea un parque...

Ahí, bajo el asfalto y juntada a seres fantasmales, ve aún a su madre abrir la verja de su casa y, al punto, la ve saltar y correr solícita a Ismael, mientras David, el otro hijo, sólo recibe el odio del amor materno. David avanzó aquella vez a depositar las ropas de su hermano, ya enfermo de paludismo; pero no bien lo hizo, cuando vió salir a su padre con el infernal cinto en una mano. Obedeció, entonces, a su carne, reacia a ser tundida, y dióse a fugar por el patio, a valerse de los trastos que había a fin de protegerse y mofarse de su padre; mas corrió éste cual un joven y saltó y flageló sus piernas desnudas, su pecho indefenso y la desguarnecida e ingenua piel de su vientre. Y en un instante, por bajo el asombro y la conciencia de sus molidas espaldas, escuchó chillar a su madre y vocear que alguien debía ir en busca del doctor Moloche. El padre se negó. Quiso enviar a su hijo. Pero David seguía en traje de baño. Le golpeó, entonces, de nuevo, y partió ajustando su cinto. Libre, David pensó en ir al cuarto de Ismael así fuera a verle solamente, vivo o muerto. No había contado, sin embargo, con que una mujer no respeta algunos sitios de la carne humana y con que, si ella golpea, lo hace sin dignidad; estaba, pues, fugando ya, desflecado su brazo izquierdo por la quejumbre de sus espaldas, cuando algo le derrumbó co-

mo a un pájaro. En medio de nueva demencia cuyas escenas sucedían cual relámpagos, vió a su madre persiguiéndole y arrojándole trozos de leños, cucharones, piedras y aun arena; y, en fin, sintió que sus pequeños puños —que no sabían golpear con la dignidad de los hombres— se le hundían cual agujones sañudos y perversos. David era aún más destruído que cuando le tundiera el padre: la mujer mordía sus brazos, introducía las uñas en su boca y le tiraba salvajemente de sus cabellos. David lloraba, sangraba, temía perder sus ojos; y cuando se aovilló ocultando su rostro, sólo estuvo a la espera del golpe mortal e indigno que le arrojaría al mar, ahí donde, fuera de la tierra, no pudiera darse con su hermano que moría sobre el polvo y la arena de Chimbote.

David aviva el paso rechazando la corte de recuerdos; mas escucha, todavía, aquel interminable grito de su madre, una vez muerto Ismael: **¿Vas a matarme también, como mataste a tu hermano?**

—Oh, madre —quiere decir en voz alta—. ¿Así hablaste al hijo que te vió más de cerca que tu marido?

Descubre el primer parque. Es uno vasto, con paseos de cemento, desmalazados campos de césped y con la fronda de muchos árboles rociando estéril paz abandonada.

—Todavía no me tiendo en este césped del Parque de la Reserva —dice—; pero sé que lo haré, como cuando era alumno de Guadalupe y venía a es-

tudiar en los meses de diciembre. Ya lo voy a hacer, por los mil diablos.

Menos mal, no obstante, que era hoy de día. Oh, sí, menos mal. Pues si fuera de noche, o sólo de tarde, caminaría el doble de lento, apesadumbrado y maldito, en la perfecta ausencia de amigos y —¡oh, desdicha!— en la perfecta ausencia de una mujer.

—Empieza tu disco, David. Ya llegó el maldito recuerdo...

Sonríe con amargura, avanzando fatigado. "Sí, como en Guadalupe, a la seis de la tarde". Unas veinte cuadras arriba sigue aún, en el mismo sitio, el Colegio de Guadalupe, y todavía ha de estarse ahí otra eternidad. Pero cuatro años antes, cuando daban las seis de la tarde y los alumnos externos hacía más de una hora que habían salido, paseaba David por los patios casi desnudos, por todo el colegio donde apenas si los alumnos internos llenaban dos o tres salones de cada sección. A las seis de la tarde había ya concluído para ellos el famoso **lonche** de las cinco —una taza desportillada de café y dos panecillos franceses untados de rancia margarina—; y, luego, asidos en grupos, rumoreaban de lo bajo arriba, de los patios de cemento y de las locetas de los baños, hacia los dormitorios del segundo piso, llenándose mutuamente de groserías, dándose de puntapiés, de manazos, al tiempo que, en vez de platicar, fraguaban apodos para alumnos y maestros, fumaban escondidos o

hablaban de prostitutas de tres y cinco soles. A esa hora, algunos internos, que habían fugado de sus clases desde las dos o tres de la tarde, a fin de librarse de una lección e ir a remojarse en la piscina, habíanse ya vestido hacía rato —después de tres o cuatro horas de temblar de frío, nadar, escupir y volver a nadar, escabulléndose del inspector— y habían exhibido ya en el comedor sus visajes sanguinolentos y violáceos, sus cabellos peinados y terriblemente húmedos, a par que sus frías orejas y sus labios amoratados.

—Pero hoy me toca renegar de ti, madre —piensa David—. Me has criado tan bien que no puedo subir a un tranvía y negarme a pagar.

En aquel entonces, David iba rumbo al comedor. Dejaba su salón de clases y salía del primer patio que se hallaba al ingresar por el zaguán de la calle Bolivia; se perdía por el pequeño pasadizo enfrente de la capilla y salía al terroso patio habido en el centro de los salones del tercer año —los cuales se vaciaban todos por la puerta superior de la Avenida Uruguay—. Cruzaba, en fin, un patiezuelo de cemento donde estudiaba el cuarto año F., llegaba a su viejo patio de tierra apisonada y de palmeras, y se iba al patio principal de azulejos, no sin evocar el día que había llegado a Lima y había despertado entre salones polvorientos. Y, así, evocando, se hundía —ganado por una rumia silenciosa, gris, desamparada del bullicio— en este cuarto, quinto o tal vez sexto patio donde, ya

sin luz, jugaban **basket-ball** los muchachos, voceando y conviriendo a todas sus madres en malditas rame-ras lujuriosas. Pero cuando el Regente señor Cavero echaba al aire su silbato y ordenaba con soez, culpable y taimado vozarrón que debían volver ya los in-ternos a sus salones y escribir los temas de la mañana siguiente, los muchachos volvían a mostrar su habili-dad al no ir a los salones. Permanecían en los baños, en las duchas y en la enfermería. Se tendían definitiva-mente los unos en sus camastros del segundo piso y paseaban los otros en bandas por los patios, fumando y echando groserías hasta la hora de la comida. De lo alto, en eso, venía la música de alguna radio y Da-vid, escuchándola, se llegaba otra vez al patio mayor, cogía las rejas de las puertas y miraba la Avenida Al-fonso Ugarte, tendida y repasada por vehículos y fi-guras de hombres y mujeres. Maldecía entonces su falta de amistades y, tarde o temprano, se hubiera en-negrecido o no el cielo, volvía a pasearse por los pa-tios, pensando ya en una imagen borrosa que le ha-cía llamear el pecho y trincar los dientes para no vol-verse plañidero.

David, en llegando al confín del parque, sale del paseo de cemento y se tiende en el primer campo de hierba.

—Cada vez que hago el gesto de tenderme en un lecho o en algo que se le parezca —dice—, tengo que recordar a esa mujer fantasma. Y así fué en Gua-dalupe. David, es el gesto de un viudo...

No era una mujer definida la que entonces se metía en su cabeza a las siete de la noche. Era un fantasma habitual... pero ¡cuán desconocido! Lucía, de cierto, el cuerpo gozoso, mórbido, tibio y destructor, compuesto por él mismo a base de muchachas y mujeres que viera en Lima o Chimbote; pero cuando ascendía a conocer el rostro de la diosa, cuando ya iba en pos de una llave que gobernaría ese infinito cuerpo diluviano, le respondía solamente el aire irreal y vengativo, dejándole solo y huérfano en la noche, oliendo una vieja fragancia, cogiendo el espacio, susurrando a un ser que, quizá por haber muerto, aún no vivía. Y David continuaba recorriendo Guadalupe, diciéndose que debía arrojar de sí a su fantasma; mas de nuevo volvían la tersura de esa piel, la absurda eminencia de las carnes, venían las pequeñas escenas de una muchacha de ojos negros que viera en Chimbote y cuya piel parecía de una flor; venían los brazos tocados alguna vez cuando ingresó a oscuras en un cine y se demudó, sacudido y deleitoso; venían las caderas de una joven mujer que se inclinó en plena calle a consolar a un chiquillo; venían las bestiales y contadas escenas habidas con mujercuelas de tres y cinco soles, poseídas en esa calleja de La Victoria, con la salvaje presencia de hombres que miraban sin duda a través de las puertas y parecían derrumbarlas ya con sus ojos; y venía, en fin, la guerrillera apariencia de una hermosa joven puesta enfrente suyo con la pulpa de sus muslos, de su vien-

tre y de sus senos que parecían explosivos. Pero el rostro estaba confuso a toda hora y los fragmentos de las mujeres se aislaban y flotaban por los aires.

Para entonces —las siete de la noche— los salones de los internos estaban ya iluminados, si bien sólo unos cuantos de ellos escribían o leían; el resto fingía mirar un libro y se erguía de las carpetas a fin de desquiciar al demonio del inspector. De cuando en cuando, empero, ahí en el salón nacía un chascarrillo, una dulce alarida, un mote bien puesto: David, al paso, reía a carcajadas y echaba todo al traste. Mas en oyendo el silbato de Caveró debían todos irse al comedor. Cada cual se tenía y andaba a capricho, voceando o no, y llegaba al comedor y se lanzaba a las viejas bancas, a las mesas sucias y pringosas, cogiendo cual un botín su pan francés y sus viejos cubiertos de aluminio. Sí, hasta parecían felices; pero sólo entonces, cual ojos vengativos, iluminábanse los asientos vacíos de los internos que habían salido, de los que tenían parientes o habilidad para escabullirse con algún pretexto y volver sólo a dormir.

—Ah, este mi sueño tiene su historia. . . —piensa David, tendido por completo en el césped y mirando el desvaído cielo—. Y ahora voy a almorzar en mi cabeza. Apartaos y dadme la paz y la servilleta.

Recuerda que entonces comían bajo gritos y pullas. El zumbido de un gigante moscardón llenaba el comedor y sólo hacía pensar en derrumbar la maldi-

ta e insaciable hambre que uno sentía. Media hora después, al echarse a los patios penumbrosos y a toda hora polvorientos, los muchachos formaban compar-sas y entonaban canciones, mas no por divertirse, sino con la secreta intención de no dejar que la noche muriera y viniera el silencio alucinado que la separaba del día de mañana. Fumaban ellos y cantaban, fumaban y cantaban. Y, tarde o temprano, lanzada contra ellos, venía la hora de dormir. “¡Dadme el pésame! —convidaba entonces rugir hacia la Avenida Alfonso Ugarte— ¡Dadme el pésame porque soy joven y voy a dormir solo, y porque también anoche dormí solo, sin una mujer!” Muchos ya se habían acostado en los dormitorios y algunos retozaban de falsa alegría o fingían demasiado el no sentir la soledad. Todavía unos cuantos subían a la azotea y miraban echando groserías a toda la ciudad, callando o riendo. Tarde o temprano, sin embargo, los inspectores recorrían los escondrijos y la hora de dormir ya no estaba ni adelante ni atrás, sino que por fin había llegado. Y allá subían a los tamaños dormitorios, donde menudeaban muchachos en curiosos pijamas cosidos por sus madres, o ya corrían escaleras abajo con sus camisetitas y calzoncillos, con la fetidez de sus pies desnudos, llegaban jugando y voceando hasta los patios, y volvían así, sudorosos, con los pies mugrientos, y se arrojaban de muy lejos a dormir sobre sus crujientes lechos cual si fueran guardavallas en pos de una pelota. Tarde o temprano tenían que apagarse las luces

y sólo de trecho en trecho había encendida una bombilla y un inspector que vigilaba; y, allá, entre el silencio, la Avenida Alfonso Ugarte lanzaba sus rumores hacia la Plaza Dos de Mayo o hacia la Plaza Bolognesi...

Todo, sí, se cogía a un tiempo de una angustia, se mechaba de un odio tan amoroso que hasta el llanto iba ya a correr; y David se decía que muy pronto iban a flotar seres eternos sobre los lechos de los mozos. Todavía de cuando en cuando befaban ellos a la angustia, maullando a oscuras con gracejo e imitando voces femeniles; así, reían y descansaban de la afrenta. Hasta que tarde o temprano ganaba la desdicha y David se echaba a mendigar: "Que alguien empiece esta noche, para no empezar yo". Y, en verdad, muchas veces era un vecino de David quien rompía el pecho de los internos acostados. "Gracias, guadalupano" —susurraba entonces David. "Te escucharé y me salvaré esta noche". Así, pues, en medio de la dura y salvaje oscuridad, del discreto barullo de la Avenida, surgían los clásicos y vergonzantes ruidos, surgían la angustia, el dolor, y todos parecían mendigar que ojalá el muchacho se calmara a fin de alcanzar el día de mañana. Y mientras aquel muchacho contenía su jadeo delincuente y se revolvía, absolutamente solo en el lecho, con su lejano fantasma, los demás evocaban a todas las mujeres de sus vidas, ninguna de las cuales había comprendido jamás con qué odio amoroso, con qué dichosa lumbre

de matanza, con qué ingenuidad capaz de entregar el hacha al verdugo las habían deseado.

—Sólo el mar de Chimbote me quitó la soledad —dice David de cara al cielo. —Pero tu hijo, madre, sigue siendo viudo y creo que jamás te nacerá un nieto...

En medio de la noche y llegado el frenesí de la obscenidad, todos solían deleitarse con enseñar a las chiquillas de trece a catorce años (así fuera imaginariamente) las manías sabias, viciosas y malignas que habían aprendido de veras, o solamente habían escuchado relatar, mofándose entonces de sus temblores y enseñándoles cómo, tendidas ahí debajo, debían lumbrear sus ojos y estrujar con amor a un asesino. Pero algún tiempo después, destrozados ya los muchachos por tanta humillación, por una estéril vida condenada, solían pedir que se fuera la corte de mujeres irreales, que no les dejaran éstas continuar en la afrenta de partirse a sí mismos en hombres y en mujeres, susurrándose cada cual la parte que le tocaba decir al hombre y, a veces, también, la imaginada réplica de la mujer; besándose un muchacho sus propios brazos con el arrebató, cual si fueran los de una moza; rugiendo y llamando a las ausentes en voz alta; implorando que no les dejaran envejecer sin amor; que les evitaran la vergüenza de calmarse así, como niños tímidos de doce o trece años, violados por un mundo demasiado digno para ellos; que tuvieran lástima de cómo ellos convertían sus manos varoniles y

ardorosas en manos de lirios, delicadas, acariciando la mano derecha (vuelta hombre) a la mano izquierda (vuelta mujer); y que no les dejaran dormir solos —siempre solos—, antes y después de la locura, y despertar al día siguiente con los ojos hundidos, reseca y escamosa la piel, recriminando a las mujeres por haberles desquiciado al punto de suponer que la imaginación y la voz cortada de un adolescente, podía llegar hasta ellas, las cuales dormían, quizá si felices, en sus hermosos lechos fragantes, negándose por completo a esta natural y diluviana bondad de los cuerpos separados.

—Yo he visto en esas noches salir de las mantas un rostro, un muslo, unos brazos de mujer —piensa David—; los he visto flotar por sobre los dormitorios. ¿Y de dónde salían, me digo yo?

David, en tales horas, tendido en su lecho, repetía en su cabeza alguna escena auténtica y evocaba alguna piel real, porosa, tibia, medio velluda y mestiza, poseída alguna vez, se diría sólo para que su imaginación tuviera el pretexto de recomponer infinidad de veces el acto y de perfeccionarlo en la exasperante irrealidad, puesto que no tenía dinero, ni tiempo, ni buena estrella de Don Juan como para repetir la escena en el plano real. Y David, al cabo, echábase a pensar en que quizá también ahora estaría más allá, escuchando y sintiendo aguijarle por primera vez el secreto, un mozalbete de trece o catorce años —como él lo fuera alguna vez, apenas llegado a Guadalupe—,

buscando explicarse la actitud de su vecino que, en voz baja y en plena oscuridad, se enamoraba a sí mismo, se abrazaba y besaba estando solo, sentía placer y tortura consigo mismo, sintiendo el muchacho de trece años que sus entrañas cambiaban de sitio y que sus ojos miraban sin descanso a la noche sin sosiego...

—¡Ah, Guadalupe, Guadalupe, el colegio de entusiasta juventud...! —dice.

Se incorpora y se sacude el polvo y la hierba. "Son las nueve de la mañana y estoy cansado como un negro". Se yergue sobre aquel césped adonde no ha vuelto desde los diciembres del colegio, cuando fingía estudiar su cuaderno mientras caminaba, fumaba y dormía en compañía de otros internos.

—Pero estoy demasiado lejos del Centro —dice—. Tú, viejo, y tú, madre, poneos detrás de mí, el uno con el cinto y la otra con leños, piedras y tijeras; perseguidme implacables y vereis qué pronto llego a la Facultad.

David reinicia su camino.

—Perdona, Ismael, mi asesinado. —quiere decir en voz alta—; te olvidé un instante, pero hoy de nuevo te recuerdo...

1953

EL ULTRAJE

Fué ciertamente una explosión. A par que Antonio y Fausta cogían a su mismo padre, Guillermina, la nueva hija derribada por uno de los golpes, habíase repuesto y se daba ya a tener las piernas de ese hombre indomeñable; y en lo alto, en la llama de los visajes iracundos, Santiago, el mayor de los hermanos, ojeaba aterrado al viejo Pino y aprontaba su puño muchas veces, llevándole atrás a fin de castigar, salvaje y sañudo, a quien osara tundir a la madre de todos ellos.

—¡Papá, papá..! —se escuchaba por doquiera.

—¡Calla! —decía alguien, quizá Antonio, quizá Guillermina—. ¡Cállate ya..!

Y Fausta igualmente prorrumpía:

—Pero tú... ¡Mamá!

Con su cenceño corpazo, Santiago podía mirarse en los ojos de su padre, mirarse a una misma altura y decir que nada hallaba, que el mismo odio era cosa de vergüenza.

—¡Afuera! —voceaba Antonio—. ¡Shanti, Fausta, Guilli: echémosle afuera!

En verdad que no rugían así, zagueros uno de otro, sino tejiendo confusa maraña, arrojando voces que podían cruzarse cual espadas, mordiscarse y escupirse. En un instante, empero, el montaraz viejo Pino, preso como estaba de sus cuatro hijos, escurrióse en pos de su mujer y los llevó consigo: los levantó con brazos y piernas, y se desplazó jadeando y echando espumarajos.

—¡Dime que yo fuí! ¡Dímelo! —aulló hacia su mujer.

La increpó cual si estuviera lúcida ella. Y todavía le desquició más la traza de la Mariana, que se había sentado en el lecho y, cogida a su vientre, donde recibiera el golpazo, aspeaba las manos, deformaba sus labios, como en pos de resuello, y torcía los ojos con abrasado fervor.

—¿Quién dice que yo no trabajo? —volvió a estallar el Pino.

—¡Pero no tienes derecho a maltratarla! —dijo Fausta—. ¡Tú no la quieres..! ¡No la has querido nunca..!

Santiago exigió de Fausta menguar su voz y estuvo en una mano la camisa del viejo. A seguida, y de nuevo, luchó por hundir su puño en la llameante boca; mas se lo impidió el horror, como si al hacerlo fuera a morir, y hasta se le vinieron lágrimas y fué sacudido por ríos lacerantes.

—¿Por qué golpeas a mamá? —mendigó—. ¡Dijiste que ya nunca más el otro día!

Santiago se alejó, así de conturbado, sin ver a Guillermina ladear sollozando el rostro de la madre, inmóvil en el lecho y ocultos sus ojos o sus lágrimas; pero fué la Mariana llamada tantas veces que, en fin, en raptó de vergüenza o desdén, dió a su hija un manotazo y la tendió delante de los hombres, se diría a fin de que Antonio le asestara un puntapié, haciéndola callar.

—¿Quieres que muera mamá? —rugió Fausta, alzada ella entre el padre y Santiago.

—¡QUE MUERA! —maldijo el viejo—. ¿Quién ha trabajado, quién levantó el trapiche?

Fausta dió un respingo:

—¡El trapiche fué de mi madre! Cada vez que se habla de limpiarlo bramas como un toro... ¿O es que ya vendiste las piezas? ¡Hace años que no trabajas en nada y que el trapiche no existe!

—Ah, ¿tú también..? —jadeó el padre.

Jadeó y, zafándose de un ademán, dióle un perverso puñetazo. La vacilante Fausta acabó enredosa en la pared, mas cuando el viejo avanzó a escarmentarla, ella, al punto arisca y salvaje, hundióle las uñas y buscaron sus dientes aquel brazo irresistible. Y Santiago se abalanzó sobre su padre, esta vez sí a desahacerle. De nuevo, empero, el vocerío que sintió fué quizá artificial, creado y mantenido por alguien que buscaba su inacción. Vió una irrealidad bañando los semblantes y cómo las voces no cuajaban en una frase que le volviera a su añosa vida: sí, el espanto le detuvo; y cuando ya no quiso hundir el puño en la nuca, sino en la jadeante y ardorosa espalda, apenas si pudo coger un brazo y echarse a remecerlo.

—¡Ya no . . . , ya no! —dijo, y cada vez le maneaba una implacable tristeza.

Y, sin embargo, el padre siguió maldiciendo y manoteando a Fausta; tiró de ella, alzó las rodillas golpeándola en los pechos y en el vientre, cual si la vejara por no carecer de sexo, y, luego, cuando húbose ella inclinado, perdido ya el aliento, la remeció fieramente de los cabellos.

—¡PAPA . . . ! —chilló, entonces, Guillermina, indecisa entre ir a contener al viejo o auxiliar ahincadamente a su madre (la cual no tenía aún resuello), indecisa por la impotencia de elegir la destrucción de uno de ellos. Guillermina, no obstante, sólo había escandalizado cuando Antonio se había alejado del grupo a fin de tomar impulso y caer sobre su padre, y

cuando Santiago se había dicho que el castigo llegaba ya sobre quien lo merecía, si bien no por mano suya. Cual si apenas hubiérase alejado a ocluir sus ojos y renunciar a la vista del culpable, volvióse Antonio y asestóle al viejo un puñetazo, que resonó en su pecho como en banco de arena, y deshízole el semblante. Había en él asombro, furia, aun amor que rechazaba serlo; y Antonio tuvo que darle un empujón y defenderse de su mirada, en tanto que el hermano mayor, siguiendo el nuevo ejemplo, trababa un pie del viejo y caía éste en un baúl, pensando luego Santiago que allá, a lo lejos, en su recuerdo, el padre había reído alguna vez, habíale besado en las sienes, y, en su convivir de muchos años, había confesado que era de su mujer, de la madre de Santiago, de quien había copiado el beso y la risa.

De súbito, les llegó un vozarrón.

—¡Dénle duro! —escupió y remolineó Fausta, salida ya al patio—. ¡Ni siquiera ha querido casarse con mamá...! ¡Péguenle y lárguenlo de La Pampa!

Juntadas salieron sus frases con su saliva y sus cabellos, y se hicieron largos objetos muy viscosos.

—¡Ajá! —clamó el viejo, ahora de pie ante sus hijos—. ¿Con que vienen a pegarme...? ¡Salgan aquí! —aulló fugando al patio—. ¡Los dos, los dos, y las malditas de sus hermanas...!

Los hijos salieron al patio de polvo y maleza. Bajo el aire incendiado por el sol estaba el madero del antiguo trapiche, cogido a un soporte que se un-

cía, en un tiempo, a los bueyes, y molía la caña hundida en el intersticio de dos cilindros de bronce, regados hoy por el suelo. Ahí estaban los canalejos de cemento y la pequeña poza donde solía recogerse el jugo; mas hoy la familia Pino vivía entre piezas de metal y caminaba impasible viendo la casona —donde antaño vomitó bagazo el trapiche y se le juntaba en cerrales a fin de quemarle en el horno— invadida por la maleza y los pedazos de hierro disueltos y engullidos por el polvo.

—¡Yo hice todo esto! —señaló hacia el patio un brazo enloquecido—. Trabajé cuando esa madre de ustedes no tenía un centavo... ¡Yo hacía la chancaca y la vendía después de ir a Marcopampa, a cosechar la caña para traerla en burros...!

—Pero, ¿por qué está así? —dijo Santiago—. Cuando yo tenía trece años dejamos de moler caña, estando bueno el trapiche. ¿Por qué?

Fausta se dió a atizar nuevamente a sus hermanos.

—No quiere que ustedes revisen la maquinaria —dijo—. No quiere verlos trabajar. Y a mamá le han dicho que tiene un tumor en el vientre, ahí donde él la golpea.

El viejo, por respuesta, escupió en el centro del patio, arrojó su maltrecho saco y alistó y desnudó sus brazos.

—¡Así, vengan, condenados! —rugió.

—¡Y todavía tiene otra mujer! —añadió la implacable Fausta.

Santiago volvió a decirse que entre padre e hija flotaba un desafío, una oscura y aleve decisión de carcomerse. Lanzóse, pues, el viejo hacia Fausta, pero Santiago y Antonio, negándole paso, diéronse a despedazarle. Sostenía Santiago sus lágrimas como con sus manos, golpeando cual un autómata, recibiendo a pie los manotazos y olvidándose de la mañana y del sol: así, su arrepentimiento le adormiló por fin. Antonio, en cambio, saltaba indignado sobre el viejo, le remecía a puntapiés e incitaba a su hermano a demoler ese rostro (quizá de un dios, quizá hecho tan sólo de mala tierra), dispuesto a que la muerte llegara y se cuarteara el cielo en grietas.

Fausta, al cabo, rasgada su blusa y salidos sus dedos por los agujeros de sus zapatos, plantóse frenética y ordenó hacia los muchachos:

—¡LARGUENLO! ¡MATENLO!

Santiago se dijo que ya el odio había desbocado lo suficiente. Mas no había medio de apaciguar al raudaloso viejo Pino, quien saltaba siempre de modo inopinado y se encogía a retomar fuerzas y vapuleaba felino y brutal. Y entonces se dijo Santiago que tener padre era una gran confusión, ni siquiera, tal vez, un deseo, y que era éste el día al cual se referían las gentes cuando hablaban de la vida. Antonio, sin em-

bargo, al revés de él, así partida como dejara en la lucha su cabeza, hacía nada menos que el brazo, las implacables y gigantescas uñas de su madre que bañaban en sangre a un extraño.

—¡A tirarlo a la calle! —rugió al fin, acezando, Antonio.

Aferraron, pues, al hombre, cada cual de un brazo, y vieron a la animosa Fausta lanzarse a abrir el portón. Pero sólo entonces dudaron, indecisos de cómo iban a arrojarle, si a empellones, a puntapiés, o a hundirle en el acequión que cruzaba La Pampa. El viejo vacilaba acezante, dijérase arrepentido. Obligó-le a caminar Antonio, y Santiago tuvo que seguir su ejemplo; y, en fin, cuando ya hubieron traspuesto el umbral, cuando ya la acequia hubo surgido dulce y rumorosa ante ellos, tuvieron que dudar, indecisos de nuevo, y descubrir al filo de la acequia a esa pareja de chiquillos, a los cuales sólo después de un esfuerzo reconocieron como a los hijos del jefe de Correos. Y, entonces, los dos hermanos se cogieron de vergüenza, a tiempo que la niña les ofrecía un atado envuelto en mala servilleta y que el chiquillo les alcanzaba otro, resonando ahí unos platos y dejando fugar fragancioso olor. Era ése un obsequio para toda la familia Pino.

—Mi mamita... —dijo la niña—. Mi mamita ha matado dos chanchos y aquí les manda un poco...

Los muchachos se demudaron y la misma Fausta, tan iracunda, dudó, pero la niña repitió la frase y el chiquillo volvió a adelantar sus manos hasta que fué el obsequio recibido.

1952.

LA REBELDE

La descomunal mansión irradiaba luces por doquiera. Los amplios salones rumoreaban de gentes vestidas con desusada elegancia y, por entre las voces, los chillidos, el color de los misteriosos vasos y la fragancia del humo y las mujeres, todos sonreían bajo las sonrisas de otras gentes, iban del salón al enorme hall, del hall al fresco living cuyas paredes eran todas de cristales. Al azar, subían los huéspedes torneadas escaleras de cedro y derramábanse dichosos por el segundo piso; o salían a la terraza y

miraban el jardín, sembrado, ahí abajo, de mesas y parejas. Y todos vivían de las músicas de dos orquestas y miraban a esa muchacha que —al cantar en el jardín— parecía un cisne sobre aquel pequeño lago artificial y luminoso.

“Señorita... Señorita...” —oíase llamar Hilda de todos lados. Los dueños de casa pugnaban con los jóvenes a fin de agasajarla—. “¿Bailamos?” “¿Qué se sirve usted?” “¡La he estado buscando toda la noche!” “Sonría... ¿por qué tal gravedad?”

Hilda no se resistió. Con liviandad de pájaro echó a sonreír en su traje largo; hizo platicar a sus manos y a su voz, dejóse conducir por los gestos de los hombres y devolvió la alegría y los vasos.

Pero, llegado un instante, se dijo que uno de los hombres no la dejaba en paz. No la disgustó el asedio, no; la mortificó un tanto el que ese hombre no fuera joven.

—Bailemos, Hilda —pidió el hombre. Bailaron, pues—. ¿Fumas, Hilda? —y tomó ella un perfumado cigarrillo ante los ojos del caballero—. Hilda, salgamos al jardín. Quiero hablarte a solas.

Pensó que la tuteaba muy pronto y que sus ademanes al cogerla o susurrarla mientras bailaban eran incitaciones del hombre a caer en complicidad. Ahora mismo, detrás de ella y fingiendo desasosiego, echaba todo su cuerpo sobre el suyo y presionaba cálidamente sus carnes.

—Aquí es imposible —dijo él, mirándola, de nuevo, con una promesa de complicidad que iba ya a convencerla de su lejanía de los demás—. Vamos a pasear —añadió; y lo dijo dándole a entender que los dos eran de otra especie.

—¿Qué dirá su esposa? —preguntó ella—. Usted da la fiesta y no puede irse.

—Nada vale como tú —replicó él al hundirla bajo una adecuada glorieta e hizo luego un ademán que Hilda se dió a contener—. Lo doy todo por ti —susurró lascivamente en sus oídos—. Es cierto, Hilda; es **realmente** cierto...

Pensó ella en sus padres; en Marta, su hermana; pensó en su mismo esposo y en sus hijos. Estaba sola en este aire que convidaba dulcemente a reír y suponer que existía el olvido. Pero allá, en su recuerdo, toda su familia seguía viviendo en una casa de apenas dos dormitorios, debido a que su afición por estas fiestas la había impedido el auxiliar a sus padres. Su sueldo de secretaria era tan sólo suyo. Y hasta habíase adueñado de un dormitorio y se había comprado hermosos muebles; y todo para decirse, al fin, que en su casa o la envidiaban u odiaban, ya no podía saberlo.

—Le he dicho que soy casada —explicó resistiéndose—. Soy feliz con mi marido y mis dos hijos.

—Tú sólo serás feliz conmigo —repuso el hombre. Avanzó con gesto doblemente grosero y cogió partes de su cuerpo que sólo eran de su esposo. Hil-

da, rechazándole, escuchó la música y sintió que los perfumes y la alegría de los huéspedes la ungían para un sueño de veleidades.

—Tuve un hermano —dijo ella, de pronto—
Recuerdo que sólo llegó a los cinco años: murió cuando no pudimos pagarnos un viaje hasta aquí. Vivíamos en un pueblo donde no había médicos... —Se detuvo, pensativa—. ¿Cuántos años tiene esta casa?

Febril, el hombre no la escuchó. Hilda contuvo las osadas manos.

—¿Cuántos años hace que es suya?

—Siempre —dijo él—. Pero sólo tú...

—¿O sea que esta casa ya existía cuando mi marido se iba a pie a su trabajo y yo cosía para mis hijos?

El hombre la besó furiosamente y empezó a acezar y desbocarse con lascivia que no asombró a Hilda, pues ella misma, traicionada por su cuerpo, acogía gustosa las caricias.

—Recuerdo que no tengo a nadie —dijo Hilda, nuevamente de súbito—. Todos han muerto: mis padres, mi marido y mis hijos.

—Pues entonces vivirás conmigo —propuso él.

“Pero él es casado”, pensó Hilda. “Está ofreciendo ponerme una linda casa para dar rienda suelta a la inmundicia, pero, aún así, no han de faltar quienes me envidien...”

—Todos en mi casa se la pasaban siempre riñendo —prosiguió ella; y a fin de ser escuchada to-

mó la cabeza del hombre y echó sus ojos en los suyos—. Óyeme —dijo—: Mi padre, mi madre y mi esposo soñaban toda su vida con una casa como ésta. ¿Dices que estuvo siempre aquí, a un costado de la Avenida...?

—Sí, sí, siempre... —volvió a acariciarla ruidamente el hombre—. Hemos debido conocernos hace tiempo... Has debido caminar por delante de mi casa... Entonces lo nuestro hubiera empezado hace años y no esta noche.

La mujer desvió sus ojos.

—Pero mi familia no seguiría viviendo —dijo.

—¡Cómo! ¿No has dicho que no tienes a nadie, que ya murieron todos?

—¡Ah! —se espantó ella—. Yo no dije que habían muerto... ¡Eres tú el que quiere matarlos! —chilló—. ¿Porqué les odias?

—¿Yo, mujer? —trató de sonreír el hombre. Juzgando que era una broma salió de la glorieta y se allegó al borde de la terraza muy colmada—. Ven —llamó a Hilda, mirando hacia abajo—. Oye cantar a esa muchacha en el jardín. ¡Y mira cómo baila!

Hilda aguardó que el hombre estuviera de espaldas. Recordó a Marta, su hermana, a su marido y a sus dos hijos; y, después, repentina, raudalosa, luego de un enloquecido movimiento de sus brazos, vió en medio de la voz de la muchacha, de aquel cisne cantando junto al lago, que el hombre había caído y

que todas las parejas del jardín corrían precipitosas hacia él; y todavía escuchó a Grimanesa, su compañera de oficina:

—¡Hilda! —voceó ésta—. ¿Qué has hecho? ¡Lo has matado! ¿Entiendes, Hilda?

Vióse al punto rodeada por huéspedes y por mujeres de sañudos ojos, insultándola con sus sangrantes bocas.

—Mató a mi marido —protestó Hilda—. Mató a mis dos hijos y a toda mi familia. Fué un canalla.

—¡Pero, Hilda..! —se espantó aún más Grimanesa y no se atrevió a tocarla—. Tú no tienes marido. No te has casado nunca y ni siquiera tienes hijos. Tus padres murieron hace tiempo y ya van para cinco años que vivimos juntas, las dos en un departamento. ¿Qué tienes, Hilda?

Ella se abrió paso entre los huéspedes.

—¡Usted no se mueve de aquí! —plantóse un hombre en su camino.

—Mató a mi esposo y a mis hijos —volvió a decir.

—Hilda, entiende... —mendigó Grimanesa—: no te has casado nunca...

—Pero mi hermana sí —habló despaciosa—; y, a veces, mi hermana soy yo misma de tanto quererla. Ella se casó y tuvo dos hijos; y ahora él los ha matado.

—¡Pero si están vivos! —chilló Grimanesa, ca-

si llorando—. ¿Qué has hecho? ¡Tu hermana Marta y los niños están vivos!

—Él iba a matarlos un día —repuso Hilda—. Los estaba matando a pocos, sin conocerlos, apenas con no importarle que estuviesen vivos o muertos; y estaba matando a mi esposo para evitar que yo le encuentre y me case con él. Estaba matando a mis hijos, cuando ni siquiera habían nacido, y me propuso engañar a mi esposo, a quien ni siquiera conozco. ¿No fué el peor de los canallas? Este hombre rico quiso matar y comprar la vida que aún no tengo.

—¡HILDA! —exclamó su amiga.

Y la abrazó, protegiéndola.

1951.

UNA FIGURILLA

Era de noche y por vez primera, pasadas las nueve, salía el niño de su casal en ese pueblo negro y taciturno. Desde su lecho, cientos de veces había escuchado erguirse los aullidos de los perros, el chirriar de los grillos, el ahondado y adulto croar de las ranas; y, con ese cortejo que alzaba agujas de hielo en su pecho, habíanse desplegado las sombras, los eternos silencios que hacían de la noche el único malvado de los seres. El niño, en aquellas veces, había juzgado la felicidad como un lecho tibio alejado del horror; la felicidad ha-

bía sido la madre y los hermanos, había sido uno mismo **aquí** y el miedo **allá**. Esta vez, sin embargo, desdichado y rabioso, tomó el paquete con el cual su madre le enviaba a la abuela, y todavía, antes de salir, la reprochó en los ojos, pues se valía ella de un risible pretexto y no le confesaba que habían llegado huéspedes a quienes había que ceder un lecho y por deferencia a quienes debía el niño irse a dormir con la abuela.

Aún seguía cruzando el patio mechado de fango. Miró la cocina; mas apenas si vió la negra boca de la puerta. La sirvienta chola no precisaba nunca de luz; se escurría de noche cual una gata, servía las viandas y lavaba a oscuras el menaje; y, si iba uno a buscarla, había que vocear desde la puerta y sacudirse de calosfríos cuando, de súbito, brotaban ella y las ascuas de su mirada. Odió a la chola que no le sosegaba, rebasó el patio y abrió la vieja portaza de calle. Pero no la pudo juntar. Su madre solía tirar con fuerza de una hoja, y solía ser suficiente. El niño repitió en vano la maniobra, pasmado de cómo podía vivir la chola desdeñando sus propios ojos. No anhelaba sino alejarse y olvidarse de ella. Pero las hojas de la puerta no se adosaban y la fétida imagen de la chola colmada de faldellines, pringosa la tez sudorienta, ganaba en la noche una existencia de ave. La imaginó con él, muda, verdes los dientes de la coca, y, en otro instante, cual un ave, fugó la chola al fondo de la cocina y allá se durmió sobre sus pies. Entonces, el niño ya no aguardó más. Inclinado en pos de una piedra con la cual detener la hoja vacilante, ha-

bía enlodado sus manòs en el fango de la pasada lluvia y, mientras hacía el paquete a un lado y temía que alguien le aferrara a mansalva, habíase elevado, repentino y salvaje, el aullido del perro de los Príncipe. Bastó eso. Cogió estremecido el paquete y apuró la fuga, si bien, con el esfuerzo, perdía ya las ligas de sus medias y el animal, encerrado en el casal vecino, parecía lanzarse terriblemente sobre alguien. Viscosas tenía sus manos, caía el animal cual proyectil sobre el portón y echábase enloquecido a ladrar y arañar los muros, tal vez si en busca del niño. Éste abandonó todo: dejó la puerta a su merced, compuso al azar sus medias y no alcanzó ni a limpiarse los dedos en el pañuelo. Juntado a la pared iba a grandes pasos y, de trecho en trecho, como evadiendo a un testigo, estre-gaba sus manos en los adobes; mas, aun raudo como iba, debía tenerse a cada paso, pues moviendo las piernas hacía caer sus medias, quedaba desnudo de la rodilla abajo y el hondo frío le asaltaba. A lo lejos, en cambio, de furioso, ya el perrazo habíase vuelto plañidero; gemía esclavo, mendigaba sentimiento y sollozaba con voz dulce. Al fin, entonces, vuelto el animal su amigo, menguó el niño su prisa.

No obstante, quedaba aún la calle, esa malvada. Y, con ella, el resquemor hacia la madre que le había impuesto el castigo de la mudanza. A su lado, lúgubres y con desánimo de viejas, pasaron los portones, la calzada llena de altibajos, las piedras, la completa soledad y oscuridad. Iba empujado y aguijado por el viento. A sus ojos que demolían las sombras, los búr-dos edificios eran

de un piso, asanchados los tejados y sin una sola ventana a la calle. Y aledaño a un muro enjalbegado —señal de casa pudiente— venía el de un cortijo, y, de nuevo, una mansión, y, más allá, un cortijo. Así, andando a espaldas de la noche, descubrió una luz donde vivía el carpintero. El lamparín de kerosene humeaba por las grietas del portón, de cuyo fondo salía la voz de un hombre cantando dulcemente en quechua. Pudo haberle llamado: el carpintero le quería bien, le obsequiaba los trompos que hacía o sentíase muy honrado cuando el niño pedía a su mujer, una india, que tostara aquel hermoso maíz blanco para llevárselo a la escuela. Tentado estuvo de llamarle; mas en el mismo corazón del miedo vió una salvaje decisión de orgullo; crispó las manos y anduvo desdeñoso por las ruinas de un edificio de adobes; y esfumóse, luego, la vivienda de los Ramos, desquiciándole el recuerdo de cómo ingresaba, en compañía de Julio Pareja, en aquella tienda donde vendían estatuas, cómo dialogaba mirando a los santos en sus ojos, y cómo los echaba a la vida, extráýendolos del silencio, del yeso de sus cuerpos falsos.

Avenido al frío, no miraba a distancia, donde los sombrajes pudieran lanzarle una manaza al cuello; pero, diciéndose que ojalá el humo, el sombroso aire, el negro vaho de la tierra no le vieran, dióse con que la vivienda de los Ramos había quedado muy atrás, con que era engullido por unas aguas de río y con que no había ya salvación. Apuró el pa-

so, trémulo el pecho, y ligada con la fuga vino la certeza de que la avalancha era apenas el rumor de una consabida acequia, brotado en un descuido. Vió a mano derecha la repechosa huella que subía por un negrísimo cerral; y, abajo, en declive, se abrió la calleja que daba a la escuela. “¡No!” —se dijo—. “¡No y no!” Se dijo no, por favor, y, más tarde, decididamente no. Que no iría al día siguiente a la escuela a recibir el premio de su año; que erguirse de entre el pueblo de los alumnos, caminar por el patio —¿cómo sería él, de espaldas?—, subir al improvisado escenario, dar la mano —¡sonreír!— y sentarse junto a los profesores, con una cartulina bajo el brazo, sería demasiado; y todavía más: sufrir la presencia de Marcos, un perfecto animal dañino, su encobrada y repulsiva faz, su astroso vestido de bayeta y sus terribles pies desnudos que se movían sobre llanques. Y parecía que alguien vivía en la urdimbre de la noche: se deshacía un bultajo, se volvía a concentrar y aquel ritmo de disolución y aparición sometía el aire. Se dijo que desde hacía tiempo se había alejado de la riña y del juego a fin de salirse de los ojos de Marcos; que aun habíase mudado a una carpeta delantera; y que, sin embargo, el indiecillo revejido y sanguinario seguía mortificándole a puñetazos, seguía extorsionándole cuadernos que él debía hacer comprar a su madre. Vió y aun olfateó aquel traje de negra bayeta, aquellos ojos sucios, polvorientos. Se decidió a no recordar la vergüenza aquella; pero ya la dolida escena venía ha-

cia él y un puñetazo de Marcos cayó, aun aquí, sobre su pecho; y el golpe, al igual que aquella vez, se iba haciendo una garra que le ahogaba y se fugaba violentísima por su vientre y por sus piernas. Escuchó, pues, a su magullado cuerpo e hizo una honda mueca; y la lejana torre, en eso, alargó su cuello y le descubrió fingiendo.

No había nadie en la calle. Cruzó hacia la otra vereda de lajas. No, no había nadie. Soledad, por lo menos, no había en la escuela, y ni siquiera la había habido el último día de los exámenes, cuando los alumnos de su año aguardaban temerosos, y en silencio, ser llamados de uno en uno a comparecer ante el jurado de cinco profesores. De tiempo en tiempo, la voz de los altos llamaba un nombre y un nuevo alumno iba a cruzarse, al subir las escaleras, con quien ya había rendido examen. Él mismo había contado seis o siete compañeros a sus espaldas, cada cual en su carpeta y vestidos, se diría, para una fiesta. Había columpiado sus piernas, alisado muchas veces la corbata de su padre y el dobléz de sus lindas medias abajo de las pantorrillas. Pero entonces, cuando ya se sentía feliz, había recibido en la nuca un proyectil de papel mojado. ¿Quién podía ser, sino Marcos? Sin embargo, ni siquiera se volvió a fin de no confundir su memoria, que revisaba algunas posibles preguntas del examen. Escuchó a seguida venirse al verdugo desde el fondo del salón y caer sentado a sus espaldas. ¡Le golpearía! ¡Y toda-

vía ahora, antes del examen! No bien lo había pensado cuando Marcos le arrojó un zarpazo, seguido de un “¡Hol-la!” que revolvió sus cabellos bien peinados; y en balde se dió a alisárselos, porque Marcos, desquiciado, remeció nuevamente sus espaldas. “Tí vas sac-car veinte, ¿di?” —burlóse. Tampoco esta vez dijo palabra: pensó que de no haber sido limpiada la pizarra habría podido al menos leer y, leyendo, olvidarse del intruso. Mas todo en ella era negro, negro solamente.

Y no había nadie en la calle. Y no había luna y allegábase ya a la iglesia, a los gigantes muros que seguían en la armazón de la torre y se alargaban todavía en el establo donde se hacinaban las reses durante las fiestas de cada año. Toreaban, entonces, los días cinco de agosto. Toreaban, oh, sí, mas (volvió el recuerdo), sin decir nada a Marcos, pensó en la fuga que le llevaría de nuevo al silencio. Empero, la voz y las zarpas habíanse alzado también:

—¡Oy, tistoy hab-blando! —aulló Marcos y lanzó un puntapié a las tablas que formaban el asiento de la carpeta.

¡Cuán injusto había sido con él, que no cesaba de obsequiarle, en rescate de su libertad, trompos, lápices, borradores, dulces y una infinita variedad de panecillos amasados en su casa de un pueblo sin panaderías! Una vez había llevado consigo a Marcos y había dicho a su madre que le hicieran un traje nuevo, que le calzaran y le dieran un baño. ¿Qué

más podía haber hecho? Al pasar bajo el altísimo corredor del establo aledaño a la iglesia volvieron en él aquellos días de fiesta, cuando se clausuraban con parrillas de troncos las calles de acceso a la plaza, y cuando, tras ellas, se apiñaba el grueso de los sihuasinos, en tanto que los ricos echaban abajo sus cabezas desde unos tallados antepechos. Y una vez había preguntado a su tía Alcira por el nombre del finísimo lienzo que llevaba el toro en sus lomos. “Enjal-me” había deletreado ella, y, junto a la respuesta y al furioso revolverse del animal que echaba nubes de polvo, había visto que más allá de las parrillas de troncos, y en los patios de las casonas señoriales, bebían los indios copiosa chicha, hasta que alguien rugía de súbito y un indio borracho abría uno de los portones y, como fuese, avanzaba poncho en mano a capear al toro, o bien, a abrirse simplemente un agujero con los cuernos, a fin de que la sangre corriéndolo a borbotones, y el dolor disuelto en el humo del medio sueño, le obligaran a alzarse del polvo y, así fuese vacilante, estrujar sus heridas y caminar todavía por la plaza, mirar los balcones y las rústicas barreras apiñadas de gentes, escuchar los congojosos gritos de alguna palla —que en la mañana había estado hermosa, pero que ya en la tarde sólo se había dado a beber la chicha, a escupir y a echar ajos cual un hombre—, y, así, dudando ya que el toro o sus cuernos habían existido alguna vez, enredarse en el mismo poncho, caer cual un trasto en el ruedo y

quizá si sentir que otros indios le arrastraban y le defendían de los nuevos ataques del animal; y, en fin, venido el sueño, ignorar que en cada antepecho existía un blanco, niño o adulto, que había elegido, de entre todos, a un indio a fin de contemplarlo sin descanso y de hacerlo inolvidable para siempre —ya fuera por sucio, por terrible, por ignaro, por vidente o por rijoso... Pero, a veces, al clamoreo de la fiesta seguía un intervalo: el toro ya había sido muerto, sin duda, y los indios, despejado el ruedo, bebían abiertamente en la plaza, hasta que —una tarde u otra, porque la fiesta duraba quince días— brotaba una salvaje riña en la cual las armas eran garrotes cuajados de nudos, y donde vivaban unos **¡Parte arriba!** y otros **¡Parte abajo!**, defendiendo ya sea Pincullo o Pasacancha.

El niño volvió a inquietarse. De un recuerdo a otro, le quedaron las frases oídas a la tía Alcira. Para ella las **almas** vivían en las iglesias, rezaban bajo los altares y, a veces, solían juzgar y arrojar de su seno a la que se hubiese perdido —y por esto cruzaba cada cierto tiempo el portón, liberando a un fantasma. Sentir como el aliento de un hombre era señal de un fantasma. Le hablaría uno de ellos, le tiraría de una mano y se lo llevaría lejos, cuando él no buscaba sino llegarse hasta la abuela.

—No, no, ¡qué ocurrencia! —escuchó surgir repentina la voz de su madre—. Él dormirá con su abuelita. Ustedes pueden pasar aquí la noche.

—Pero... —se fingió imprudente uno de los huéspedes.

—¡Por favor! —replicó ella—. De él no deben ocuparse.—Y luego se volvió y mintió delante de su hijo—: Ya ha dormido afuera muchas veces. ¡Vamos, les mostraré las habitaciones...!

Su propia madre había cedido su dormitorio a unos extraños.

Sus ojos seguían viendo a los indios y hasta los hicieron danzar, antes o después de la corrida, antes o después del cinco de agosto. Y, al fin, los ojos se quedaron fríos, mirando los cascabeles de los huaris.

—¿Tás ap-purau, ¡Nadies ti llama! —había rugido Marcos, a su vez, cuando ya él había escuchado que le anunciaban desde los altos su turno para los exámenes.

Y él había hecho gran aspaviento. ¡Su examen! ¡Perdería su examen!

—Huele, huelesto... —agitaba Marcos un puño escamoso y violáceo, por el frío.

—¡Tú eres mayor! —había voceado en su defensa—. ¡Yo tengo seis...! ¡Seis!

Mas ya había caído de bruces y había escuchado decir a Marcos que no debería responder las preguntas del examen y que no debería obtener veinte en modo alguno. Y el malvado volvió a ajar su camisa bien planchada, retorció su corbata y, al incor-

perarse el niño, sus pantalones ya exhibían gruesos manchones de yeso.

La noche, al cabo, pareció abrirse trayéndole un rumor. ¡Venía justamente un hombre cuando iba a desafiar la iglesia! La alegría, empero, se mechó de gran recelo. Se hablaba en Sihuas de un hombre armado de navaja que cercenaba el cuello de los niños. Quizá si iría a arrebatarse el paquete y luego a hundirse en la noche. . . Así, humillado y temeroso vivía siempre; así, volcado y de veras sucio por el yeso de las paredes, había recibido el segundo puñetazo de Marcos, y, a su impacto, habíase encogido y golpeado su cabeza en el filo del pupitre. Sí, venía un hombre. Miró fijamente el lugar de donde saldría. En el cielo, la torre y la cúpula habían paralizado el aire y desde lo ancho de la plaza le llegaba un viento fiero. Todo, menos detenerse, hundir la cabeza o ignorar qué maquinaería el extraño. No, jamás iba a hacerlo. Si se inclinaba, quedaría sangrando, al menor golpe, como los indios fusilados por la policía en la hacienda del señor Velásquez, cuando media docena de cadáveres llegara de Andaymayo, tendidos en parihuelas, llorando desconsolados los deudos y, de trecho en trecho, dejando los peones a los indios muertos sobre piedras y hojas secas, y permitiendo así a las moscas el libre ingreso hasta el fondo de las heridas.

Al fin, surgió el extraño de la negrura: era un hombre alto, con sombrero y poncho de malos colo-

res. Su corazón dió un vuelco y abajóse hasta las piernas.

—B-bue-buenasnoches —masculló.

El hombre, un indio, guardó silencio y perdióse cual un ser equivocado; quedó, pues, junto a sus propias frases que vivirían, como él, solas en la noche, a pesar de tan dulces, tan envueltas como objetos de regalo. ¡Oh, si llorara! Doblegóse de vergüenza: no podía llorar, como tampoco había podido hacerlo aquella vez ante Marcos. También entonces, habíase ya decidido al llanto, pues aquél le había cercado y ninguno de los muchachos se había animado a defenderle; pero un nuevo golpe, en vez de humillarle, le había impedido quejarse y le había alzado lleno de odio y orgullo.

Y ahora cruzó ante la iglesia, entornó y aguzó ojos y oídos en espera de las voces de las almas. Tan sólo el viento, que hacía del silencio raro lenguaje, le sacudía y animaba. Los pantaloncillos hasta los muslos, las medias caídas y cubriendo los zapatos, la breve y ornada chaqueta de seda, todo le volvía una miniatura inhábil que fugaba de las garras, de las zarzas, del fuego abrasador y condenado. No mirar, se dijo, no responder si le nombraban, no escuchar el inexistente vuelo de aquellos pajarracos (los gallinazos, cuyas alas había visto muchas veces plegarse cual abanicos, en la cruz sobre la torre). ¡No volverse, no responder, no estrechar unos sarmentosos dedos descarnados! Cerró los puños dispuesto a la lu-

cha, pero ya sabía de antemano que la decisión era apenas una fórmula, pues, en viendo al enemigo, sus ojos y sus puños remansaban. Lo sabía, y ni siquiera precisaba decirse cómo, una vez paralizado por los ojos de Marcos, había padecido indefenso los nuevos manotazos, le había dejado que revolviera sus cabellos y le pusiera una rodilla al pecho como señal de triunfo.

—Oy, ¿vas dar exam-men? —había aullado Marcos, aconsejándole así que no lo hiciera—. ¿Vas subir ar-rib-ba? —volvió a arrebatarse.

Y, al fin, desquiciado Marcos por la obstinación del niño, irreal su faz de rana o de cerdo, ungida de mugrientos aceites, le había propinado el más violento puñetazo y le había hecho fugar rociando sangre de sus narices y sintiendo que de ellas venía la llama de una garra que iba a envolver todo su cuerpo, atrás y adelante, arriba y abajo. Y sin habla había quedado, trémulas en sus ojos unas lágrimas y caldeadísimo su vientre. ¡Oh, si hubiese llorado...!

En adelante fué mintiéndose. Se decía que no iba a parte alguna, que la noche era vacía, lejana, que había viajado a cualquier sitio; o decíase que ya habían muerto los aullidos, los rumores de la noche, salvajes y vivaces cual serpientes, o bien, que unas piedras arrojadizas cruzarían ya el aire en su búsqueda. Por bajo de la ansiedad, en tanto, contemplaba serenado la sombrosa casa de la abuela, tan vecina, al fin. Lenta, insensiblemente llegó al portalón.

Todavía miró a ambos lados a fin de desechar la duda de que pudiese estar cerrado; y, luego, empujó con el hombro y sus manos. Uno, dos intentos; al cabo de un silencio, vino el crujido leve y salvador. Se hundió por la ranura y se detuvo anheloso. ¿Y ahora? ¿Llamar a voces? ¿Acaso iba a escucharle Marta...? Y, nuevamente, ahí estaba con él la certeza de vivir solo, sin manos que estrujar; nuevamente, la certeza de que vergüenza y llanto vivían aislados. Se increpó que hasta cuándo iba a ser un cobarde y se obligó a hacer desfilar el recuerdo de las veces que no lo había sido: de aquel día cuando había subido las escaleras después de lavarse la sangre de sus narices, de aplicarse monedas frías a sus labios amoratados y crecidos, después de decidir que, en lugar de absolver las preguntas del jurado, iría a llorar con todas sus fuerzas. Y, sin embargo, transcurridos unos diez minutos había descendido sonriente, distendiendo apenas sus labios de estopa, insensibles e indóciles, y extrayendo sin rubores su pañuelo manchado de coágulos de sangre. Y ni siquiera había opuesto resistencia cuando uno de sus compañeros se le había abalanzado y le había arrebatado el papelillo donde estaba escrito su calificativo; escuchó sereno y erguido cómo el muchacho pregona-
ba por toda la escuela la cifra más alta que había obtenido un alumno (**veintiuno** y no veinte, pues la cifra, rebasando las reglamentaciones oficiales, le concedía como un título, una sombra hermosa en pleno

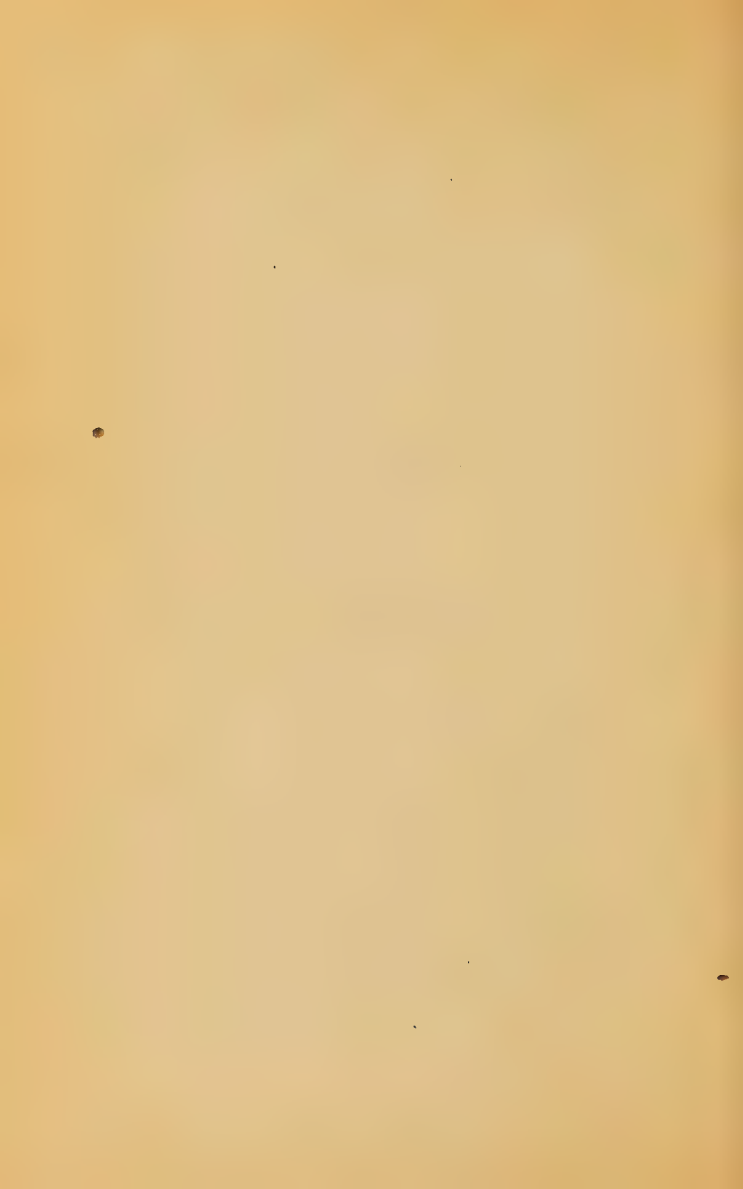
día) y vió, al fin, a Marcos salir del salón de clase y, hundida la cabeza, ceñido su traje de bayeta, alejarse rumbo a la calle, derrotado y silencioso. ¡Así había triunfado sobre el verdugo! No, no era un cobarde. Se decidió a cruzar el patio. **Yo no conozco el miedo. ¿De qué color es?** —solía decir el tío Teófilo. Descender una grada y dar de voces a la abuela o a Marta: eso iba a ser todo. ¡Había triunfado con un trozo de papel, con una simple cifra, y tal vez si ya nunca volvería a ver a Marcos; tal vez si mañana subiría al estrado a recibir su cartulina y, después de entregarla a su madre, sentada en una de las muchas bancas que habría en el patio para el gentío, volvería a subir, esta vez a alinearse en la escolta bajo el estandarte, honor que sólo estaba reservado para los alumnos del quinto año y resultaba desmedido para uno del segundo! Y aun recibiría —como señal de vistosa infantería, cual insignia a la vez terrena y fabulosa— un fusil Winchester para colocárselo en el hombro y hacer la guardia durante una hora. Y quién sabe si al mirar la concurrencia no hallaría por ningún sitio a Marcos... Avanzar, se dijo, avanzar; mas, repentinamente, creyó ver que algo se movía a su lado: un ladrón, el hombre con el cuchillo, el alma... Y fué como si el abismo sobre el río, tras la casona de la abuela, se hubiera mudado frente a él; como si el cañón negro y rumoroso se indignara, y silbara el viento como cuando los deudos iban a lavar al lecho de los ríos la ropa de sus muertos, como

cuando iban, de noche, a darles el adiós con un silbo lerdo, lúgubre, a cuyo final venía el espanto de un requiebro que equivalía a caer de ojos sobre una piedra filuda. ¿Dónde, dónde ir? El dolor, el miedo y la desdicha eran inocuos de por sí. ¿Dónde ir, si la noche, en vez de sólida y enemiga; era vacía, hueca, era el humo sin el fuego? Empezó a ver menos a través de la cortina de sus lágrimas. Pero tampoco recorría libremente esa agua sus mejillas... Volvíase, pues, en esto, a emprender el retorno, cuando se quedó alelado... Escuchó el rumor de varias voces, el resplandor de una luz, los pasos... Abrióse aún más el portón y, a la luz de una linterna, surgieron la abuela, el tío Teófilo, tía Juana y el dormido primito en brazos. Todos habían estado afuera.

—¿Tú? —se le acercó solícita la abuela—. ¿Me has aguardado...? ¿Y no tuviste miedo...? ¡Oh, pobre! —exclamó. La miró frustrado, en una repentina indecisión—. ¿Te envió tu mamaíta? —indagó ella de nuevo; él no respondió palabra: miraba erguido y rígido, hoy que las lágrimas habían fugado—. ¿Sí? —preguntó ella zalamera—. Oye, dime —y se acucilló mientras Marta echaba la luz sobre sus ojos—: ¿Vas a quedarte aquí, conmigo? —El niño contempló a todos superior y extraño; hizo una mueca y se alejó; pero la abuela fué tras él—: ¿Sí? ¿Te quedas conmigo? Pues ven, vamos a dormir... —dijo, y le pasó la mano por su barbilla.

Sintió un violento deseo de abrazarse a sus poderas que caían hasta el suelo; quiso saludar a sus íos y coger la linterna para guiar a través de la noche; pero apenas si se contuvo y fué avanzando altivo y ceremonioso junto a ellos.

1948.



MISTER X

He aquí un simple informe:
"Lima de de 19...
"Excelentísimo señor:

"Hace una semana que nos fué encomendada por usted la responsabilidad de investigar si los últimos acontecimientos, dados su concatenación, su violencia y su eco en el interior del país, pudieran, quizá, significar algún intento de derrocar nuestro sistema. Durante varios días, la autoridad se vió desconcertada y

desplegó su fuerza pública como lo había hecho en algunos años de nuestra historia, cuando alzado contra la Constitución y las leyes, y contra su secuela de paz y de trabajo, solía insurgir un grupo ambicioso y desmañado que fingía encarnar los ideales colectivos. Nuestro sano juicio admite dicha nerviosidad como natural. Lima fué oscurecida el último sábado y exhibió sus calles atestadas de vehículos, pues la congestión del tránsito —que empezara a las seis y doce minutos, en la esquina de Mercaderes y de Mantas— habíase extendido como un reguero hacia las nueve de la noche; y aún más: desde las seis y quince hasta la medianoche coludieron, sin cuartel, la policía y el elemento civil. Las líneas telegráficas y telefónicas que comunican Lima con el interior del país habían sido al parecer cortadas por mano criminal, e incluso la línea férrea a Huancayo —obra de ingeniería que inflama de orgullo a los peruanos— fué clausurada en un punto donde murieron más de media docena de personas, en su mayoría indígenas. El temor cerró los establecimientos comerciales y desalojó multitud de empleados, quienes vagaron en pos de todo medio de locomoción a fin de llegar a sus hogares y aquietar en un algo la duda que padecían sobre el origen de los disturbios. Al atribuirse la causa a un golpe de estado inundó los balnearios una ola de expectación, transcurrida la cual acudieron las gentes a los teléfonos en un vano empeño de escuchar a sus familiares y amigos. Así, la movilización fué general. Algunos de los

más osados decidieron llegar al centro de la ciudad aun a costa de burlar a la policía, en tanto que los barrios de la misma Lima exhibían ya sus calles atestadas de mujeres y de niños, de hombres hogareños y de estudiantes, que, por la avidez, formaban grupos avanzando a todo lo ancho de las avenidas Nicolás de Piérola, Alfonso Ugarte, Brasil, 28 de Julio, Arequipa y Paseo de la República. Nuestras órdenes, pues, rebasadas fueron por la curiosidad. A poco, a las seis y media, se detuvo el tránsito en una vía central: mas fué ésa una medida dictada por el azar y no por la policía, dispuesta —y dócil, como siempre, a las órdenes suyas, señor— a reducir las muchedumbres. Cientos de automóviles y tranvías dieron rienda suelta a timbres y claxons; apenas si transeúntes podían circular, lo cual explica el brote final del orgullo de las piernas doblegando a las máquinas y la certeza de una desgracia que no residía en carecer, sino en poseer un lujoso automóvil que impedía la fuga. La sucesión de hombres y mujeres saltando ágiles por cima de las trompas de los autos fué gallarda e inacabable a una vez; mas, ingresado que hubieron al corazón de la ciudad, como no se fueran, ya por curiosidad, ya por confusión y tropelía, la policía cerró los accesos y únicamente permitió el desalojo; y fué entonces cuando la inevitable refriega abatió a muchos sediciosos. Ello no obstante, y en nuestra jerarquía de miembros vitalicios de una Comisión Consultiva que jamás dejó de asesorarle en todos los actos de su Gobierno, afir-

mamos, señor, que sus temores a una posible rebelión son infundados; de lo contrario, no habrían sucedido escenas risibles y extrañas, huérfanas de agitación política.

“La policía cometió, empero, el error de transformar muchas plazas en lugares extremos de reunión pública; evitó, sí, el acceso al barrio comercial y administrativo, pero en las plazas Bolognesi, Dos de Mayo, Italia, San Martín, Parque Universitario, Paseo de la República, plazuela de la Inquisición y en todo el Malecón Rimac la muchedumbre tuvo, en principio, derecho a permanecer. Y a dichas plazas y plazuelas acudieron las gentes, cada cual con su versión de la causa de los disturbios. Fué así imposible evitar que los caballeros limeños —viviendo en las tardes a lo largo del Jirón de la Unión y siendo, a la vez, devotos padres de familia y groseros libertinos— buscaran oyentes y se echaran a deslizar murmuraciones. Alguno de entre ellos dijo que sabía toda la verdad y que un enemigo de usted, señor, se le había rebelado; vino a seguida un cúmulo de respuestas contradictorias y rebatióse el argumento voceando que usted mismo provocaba los desórdenes a fin de desviar la atención pública de no sabemos qué problema. Un tercero —a quien usted no conoce— dijo ser íntimo amigo suyo, confesó asistir a todo conciliábulo habido en Palacio de Gobierno y manifestó que la única verdad era ésta: los partidos de izquierda se movilizaban en un inútil derroche de energías. En tanto, los líderes políticos se

exhibían aún más confusos; suponemos que fué el de ellos un veredicto de simple histerismo colectivo, pues en cada plaza dióse un miembro del partido mayoritario a sosegar los ánimos e invitar a la dispersión. Al cabo de un tiempo, sin embargo, ocurrió como si las masas no pensarán en disolverse y como si fugando de sus hogares y huyendo de la policía, hubieran regustado el deleite que buscaba prolongar sin límites la vida en sociedad; y, en rigor, a tanto subió aquel lazo que políticos y policías fueron igualmente repudiados en el fondo de los pechos. Así, nadie quiso moverse. Pasaron el tiempo hablando del mismo tópico: **“¿Dónde estabas tú cuando empezó todo esto?”** **“¿Quién te avisó?”** **“¿Qué sabes del motivo, de la causa real?”** Y vino al fin la plática sobre temas familiares: **“¿Qué me cuentas de fulano?”** **“¿Cómo está tu tío . . . ?”** Nadie, señor, escuchó nuestras amenazas. ¿Qué pudimos haber hecho? El ataque, pues, se hizo inevitable. Confesamos, eso sí, que fué desmedido y que la muchedumbre, enardecida, voceó y se indignó contra la policía, esto es, dirán algunos —que nuestra opinión no comparte el dicho—, contra el Gobierno que usted preside; y desde entonces los gentíos y las manifestaciones nos han desquiciado por su volumen y grandeza, en especial los seguidos a la muerte de la primera víctima.

“A las siete y cuarenta de la noche ocurría todo esto. Y, sin embargo, en los confines más remotos del país se produjeron ruidosas manifestaciones “políti-

cas" (al parecer, en efecto, las eran). El gentío fué encabezado en Chiclayo por el Prefecto, el Alcalde, el Jefe Provincial, los profesores de los Colegios, el Obispo y los empleados de Correos y de la Caja de Depósitos; y, a la zaga, unos cuantos obreros y curiosos, viviendo a un chiclayano que decían haberse sublevado y que traería el progreso de Lambayeque. En el Cuzco los vítores fueron en honor de un cuzqueño, en Trujillo en el de un trujillano, en Arequipa por un arequipeño y en Huancayo por un huancaíno. Todos los subordinados de usted, señor, confesaron que jamás le habían sido fieles y que eran desde mucho tiempo atrás partidarios del nuevo cabecilla. Cuando al tercer día, el lunes, les llegó la noticia de que ningún cambio político había ocurrido, Alcalde y Prefecto, Obispo y empleados volvieron a juntarse y a recorrer las calles, portando esta vez una efigie de usted, señor, y llamándole **Salvador de la Patria**.

"Los actuales sucesos son, pues, indudablemente graves. A la trágica muerte de algunos sediciosos debe sumarse el medio centenar de heridos, el millar de prisioneros y la consiguiente alarma y desolación de que son presa innumerables pechos; y debemos consignar la violencia y dramaticidad con que en Huancayo, por ejemplo, una familia se arrojó a la vía a fin de impedir el paso del tren, y el modo sangriento cómo, en Lima, la temeridad de un joven amotinado pudo ensañarse con la vida de cinco de nuestros mejores policías. De todas las provincias, repetimos, nos van lle-

gando escenas que podrían revelar el brote de una vasta conspiración revolucionaria. Lima, es sabido, está siendo víctima, desde el sábado, de una serie de motines, de una huelga estudiantil cundida ya a los obreros y que tal vez deponga de los ministerios a algún amigo suyo; y, de otro lado, somos testigos de una campaña de prensa que abulta los hechos y toca el sentimentalismo. Esta es la realidad. Se nos ha encomendado decidir cuál debe ser la respuesta del Gobierno a las iras populares, cuál la conducta de la policía, cuál el sistema de acabar con la miseria de las clases "explotadas", miseria que, según cierto sector, debe erradicarse para felicidad total y definitiva. Escúchenos, pues, señor.

"Cualquier investigador partiría del supuesto de una causa política en los actuales sucesos, y echaríase a estudiar el panorama de las diversas facciones a fin de decidir cuál de ellas pudo ser la responsable, a cuál de ellas pudo convenir el trastorno del orden público. Creemos que por dicho camino hay suficientes salidas como para resignarse a una, más o menos verídica, pero que sería absurda, por haber desoído las enseñanzas de nuestra historia durante más de un siglo. A lo largo de la república, el Perú, y sus conductores como usted, señor, han creído que un móvil puramente social y económico **no puede** producir trastorno alguno — supuesto que, dada su fuerza tradicional y la influencia del pasado sobre todo futuro, equivale a

decir: **no debe** producir trastorno alguno. Si bien, al parecer, las causas disociadoras son las diferencias de clases y lo intolerable de la actual estructura del Estado, tales premisas se derrumban en un enfocamiento más certero. Para nosotros sus consejeros la agitación política obedece a causas de la naturaleza humana en sí, independientes del simple vivir en una u otra condición. Teoría peruana tan osada requiere sin duda hechos que la abonen. Citaremos, por ello, un ejemplo de lo más instructivo. La tarde del lunes, e influída por la prensa, vociferó una muchedumbre contra los culpables —usted y nosotros— de la masacre habida el sábado; hubo, de nuevo, cierre de comercios y, de nuevo, desalojo de empleados que engrosaron, sin pensarlo, las filas de la manifestación; entonces, como por toda la masa cundiera una falta de móvil, surgió la chispa de un joven que después de corta arenga invitó a arrasar con la policía: cogió de un salto a un guardia y avanzó protegido del escudo en tal explosión de coraje que fué al punto seguido entre un clamoreo de gigantes. Muchos juzgarán esta actitud como nacida del odio al Poder, en tanto que nosotros, fieles a la antedicha teoría, defendemos el aserto de que en toda naturaleza humana existen la simpatía, la admiración por el más osado, y que el anhelo de vida heroica saca partido de muchas ocasiones, tengan éstas la causa que tuvieran. Aquel joven buscó su exaltación al realizar actos que nadie se atrevía a cumplir; deseó la gloria y la calificación

de héroe por la masa que, tras él, significaba la humanidad entera. Lo demás fué burdo pretexto.

“¿Cómo, pues, señor, hemos de interpretar la actual rebeldía a la luz de este saber tradicional? Afir-
mamos bajo nuestra responsabilidad que las causas de
los disturbios no fueron ni sociales, ni económicas, ni
políticas, y que amén de infatigable pesquisa en la
cual se movilizara todo el Bureau de Investigaciones,
hemos gozado con la alegría de tener, una vez más, la
razón. Existe un culpable que no es el descontento por
el gobierno de usted, que no son la asfixia económica
ni la extraña mezcla de envidia y odio que ponen en
el pueblo las altas clases; y nuestro regocijo es doble-
mente jubiloso al comprobar que en el Perú existen
móviles sociales bastantes para provocar una rebelión
—puesto que usted mismo, en pláticas privadas, acep-
ta que las condiciones de vida son miserables y que
(como remedio más leve) un reparto de utilidades en-
tre el Estado y los feudatarios, una merma de la bu-
rocracia inútil, el desprecio por la vida sensual y por
las maquinaciones de los políticos criollos bastaría
para hacerle justicia al pueblo—; existiendo, decimos,
grandes móviles sociales, sin embargo, cada vez que
ocurren estos hechos, se exhiben otras causas como
verdaderas y profundas. O sea que, indudablemente,
en nuestro país los móviles sociales y económicos ya-
cen en segundo plano, y usted, señor, queda justificado
al no darles importancia de acuerdo con nuestra secu-
lar historia patria.

“Confesamos que fué muy arduo ubicar al directo responsable y doblegar el desconcierto de matanzas y motines por toda la nación. Como natural respuesta, antes que a descubrir la primera causa, nos decidimos a debelar todo brote sedicioso, si bien, entre aquellas horas agitadas, nos iban llegando indicios —diríanse demasiado risueños y anodinos para tomarlos en cuenta— sobre el origen de los motines. Se nos dijo, por ejemplo, que la congestión del tránsito se debió a un accidente azaroso. Un **taxi** sufrió en la esquina de Mercaderes el leve golpe de una vieja camioneta; cambió de dirección y, puesto sobre la línea 3, fué lanzado por un tranvía contra el escape de una de las zapaterías de la calle Mantas. Según algunos testigos, el automóvil se coló ahí dentro, mas, como por arte de magia, tomó nuevo impulso y fué a caer ruedas arriba sobre la pista, y entonces, por segunda vez, le cogió furiosamente el tranvía y le arrasó hasta volverle una masa de la cual no fugó un solo grito. Los muertos fueron el chofer del **taxi** y una mujer que viajaba en el asiento posterior; y todo había concluído en la esquina de Pozuelo de Santo Domingo, una cuadra más allá, desde donde echóse a flotar una quietud de pasmo que envolvió grave y dolorosa a los testigos. La mujer se apellidaba Díaz Fernández. En cambio, el “heroico” joven que avanzara la tarde del lunes contra la policía, llamábase Fernández Díaz. Y todavía más: el sábado, cuando las turbas fueron disueltas en el Jirón de la Unión y cuando los rebeldes

se guarecieron los unos hacia la Plaza de Armas y los otros hacia el Jirón Ica, de un viejo balcón de la calle Concha cayó súbitamente un cuerpo que enardeció al gentío. ¿Quién, entre muchos, vivía en aquella casa de departamentos? La bruñida placa rezaba: Profesor J. J. Díaz Fernández de la N. La policía, pues, embargada en la hipótesis de que los disturbios pudieran ser políticos, descubría pequeños y risibles datos de una desgracia familiar.

“Pasado el vendaval, fuimos en pos del profesor Fernández de la N. Su departamento en la vieja casona de torneadas escalinatas, estaba cerrado bajo llave. En indagando por él, un hombre negóse a responder, entre altivo y justiciero: “El señor F. —dijo— es un caballero irreprochable que nada tiene que ver con la policía”. Pensamos que el tal F. se había ganado la voluntad del vecindario a fin de ser protegido en su conducta: una simple cortina de humo. Pero las mujeres repusieron igual: “¿Por qué la policía acosaba al señor F.?” Si no las respondíamos antes, pues nada obtendríamos de ellas. Forzamos la puerta ante la muda y general condenación: ahí dentro, dos habitaciones pulcras, rimeros de libros puestos con celo de coleccionista y el dormitorio mucho más aderezado que el de un hombre soltero: el efecto era de un lamentable mal gusto. Obtuvimos que F. era profesor del colegio C. y, tras requisar fotografías, pensamos que la tarea iba a ser fácil, pues exhibía el personaje una falsa apariencia de ponderación y estudio. Nos

las íbamos a ver, dijimos, con un pobre diablo moderno, hecho de fatuidad y compensaciones. En el colegio C., sin embargo, nos recibió una segunda ironía: para sus colegas, F. era un buen hombre y un mal profesor; para sus alumnos, un imbécil del cual se burlaban todos. Empero, tuvimos que abrir bien los ojos, pues en el diario de oposición había sido publicada el domingo una fotografía en la cual la turba, sanguinaria y recelosa, dudaba ante un puñado de policías armados de bastones, y quien justamente tenía los brazos en alto y la actitud de un fanático, quien había perdido el saco y lucía la camisa desgarrada... era el oscuro profesor F. Entonces, nos dijimos, nos las veíamos con alguien que desplegaba dos vidas a fin de hacer más ardua su identificación.

“Luego, hojeando por casualidad el diario del día anterior —del sábado—, el desconcierto vino mayúsculo. La facción culpable, dijimos, debe de haber sufrido con esta desaparición de su líder. Ahí, bajo el título **Defunciones**, se informaba de la muerte del profesor F. acaecida la mañana del viernes, y “los amigos, hermanos, hermanas, tíos, primos y demás relacionados del que fué... etc., invitan a la traslación de los restos, ceremonia que se llevará a efecto a las 4 p. m. de mañana sábado, partiendo el cortejo fúnebre de la casa mortuoria, sita en la calle Concha...” ¿Podía creerse que ambos F. fuesen el mismo individuo, cuando es axioma que un hombre muerto el día viernes, no puede el sábado a las siete de la no-

che encabezar una manifestación? De nuevo, o el misterioso F. empleaba un seudónimo, o no le detenían las responsabilidades, y, en este segundo caso, era muy probable que tuviese por cierta una victoria política que iba a ocultar sus artimañas. El peligro, pues, no había desaparecido el domingo y, antes bien, aguardábamos para el lunes o martes un brote sedicioso —razón ésta que nos impulsó a mandar que la ciudad fuera vigilada por tanques y patrullas.

“Mas al anochecer del domingo, la policía y los investigadores sufrimos casi una derrota. Así alertas como estábamos, nos desquició el oscurecimiento de la ciudad, que fuera simultáneo a la violenta interrupción de las líneas telegráficas y telefónicas. Nunca habríamos supuesto tamaña osadía. Y todavía hubo más. A lo largo del día fueron prohibidas las reuniones de más de dos personas y el cese del tránsito fué ordenado a las nueve; no obstante, mañana y tarde, un centenar de automóviles fueron detenidos en muchos sitios por exceso de velocidad, y todos ellos habían dado la misma justificación: el cadáver del ilustre profesor F. yacía insepulto desde el viernes porque la policía había cerrado la calle de su vivienda. Oída la razón, se les permitió el paso en las afueras de Lima y todos lanzáronse luego a recorrer la ciudad en un endiablado canto de bocinas. Amenazamos al mediodía que de repetir el pretexto nos incautaríamos de máquinas y dueños, pero, bajo el oscurecimiento, el centenar de automóviles volvió a desafiarnos: buscaba in-

gresar a cualquier precio a la calle Concha, obstinación que resultaba absurda al haber nosotros establecido un puesto de vigilancia en las habitaciones de F. y al no existir cadáver alguno. Indignada por lo que juzgó una broma, dióles caza la policía usando de motocicletas y de carros blindados, sin pensar que los heridos en el tiroteo iban a volverse gran material de escándalo para las huelgas iniciadas el día lunes.

“Y así, mientras el Ministerio de Gobierno emitía contradictorios “comunicados”, nosotros, en las cárceles, vencíamos la obstinación de los acusados, los cuales proferían blasfemias contra quienes les impedían sepultar un cadáver, según ellos, putrefacto. A las dos horas de intervalo, restableciéronse el alumbrado y el servicio telefónico, mas, nuevamente, a las diez de la noche, las condiciones volvieron a ser idénticas. Sin embargo, dado que hasta el amanecer del lunes nadie se aprovechara de tal ventaja, nos percatamos casi definitivamente de que el móvil no era político. Apenas si dudamos un algo el miércoles, debido al frenesí de la protesta en honor de las víctimas, a las cuales se sumaron los indios inmolados en la vía férrea de Huancayo, donde cayeron fusilados por la policía que les prodigó tiros de gracia en vista de su lamentable estado. Dos de estas víctimas habían sido mujeres. Aquí nos echamos a pensar: “¿Cómo actúa una india bajo el imperio del odio y de qué indole—real o deformado por su fantasía— suele ser la razón culpable de la explosión de su odio?” Supimos

que lánguida, oscuramente, cual sombras tiernas y dulces, habíanse apostado unos cuantos indios a la vera del ferrocarril. Nadie había reparado en ellos. Sus ojos miraban cielo y tierra desde la profundidad de un nuevo sol que parecía la madre del universo; miraban sin ver, como durmiendo una vida eterna. Y cuando les hubo llegado la algarabía del tren, alzóse un indio lento y grave, miró con potencia de águila y se lanzó bajo las ruedas. Detúvose a seguir el tren y perdió una hora en esclarecimientos; y, al fin, apenas recomenzaba la marcha, la mujer del suicida, una india que sollozaba, que lloraba diríase cantando, sus negros cabellos desgredados y toda ella de bronce y de paz, siguió a su hombre con fidelidad extraña para blancos y mestizos. Teñidas de sangre, sus polleras se anudaron tibias sobre los despojos de carne y de huesos. Y el gusano del tren quedóse por vez segunda, cuando los pasajeros poníanse ya a admirar la suavidad con que la mujer había llegado hasta la muerte; y tanto se dieron a hacerlo, que un grupo de estudiantes, de vuelta de sus vacaciones, tomaron la defensa de los indios, primero influídos por la majestad del suicidio, y luego indignados por la ironía de proseguir el viaje como si nada hubiese ocurrido.

“¿A qué atribuir tal inmolación? —nos preguntamos. Se tuvo el tino de averiguar si algún indígena conoció alguna vez al profesor F., el único sospechoso hasta hoy— y ahora todavía más, puesto que la

culpable de la interrupción telefónica en Lima resultó ser una empleada, la novia de F. (la cual, para serlo, debía contar con más de treinta años, ser feúcha y romántica). Se nos informó ayer de Huancayo que todos aquellos indios pertenecían a una sola comunidad y que muchos hablaban hasta hoy de F. como si todavía fuese “el niño Juancho” —o cualesquiera de los diminutivos neoquechuas: niño Juanico, Juañi, Juanacho, niño Fan o niño Fancito. Como sea, pues, el ilustre Juan José Fernández de la N. había estado alguna vez, en su infancia, metido en un pueblo de la sierra y le había robado el cariño de padre a un indio fiel que, al saber su muerte (por boca de un hijo suyo, obrero, que sabía leer los periódicos), al carecer de medios para trasladarse a Lima y al ganarle la certeza de cuán diferente era él de su mundo, se suicidó arrojándose a los rieles. Y fué éste el único peligroso para el Estado, pues su mujer (la india, la segunda suicida) murió de amor y de soledad, mientras los demás comuneros habían sido atacados por la policía, la cual había temido hicieran causa común con las víctimas, desoyendo así los textos de Historia del Perú que nos relatan cómo los indios huyen de la fuerza pública. Esta vez, como muchas, fueron heridos de sorpresa cuando iban a hundir los ojos y volver calladamente a sus pueblos.

“Con todas estas informaciones aconsejamos ayer que el Poder Ejecutivo se comportase con la serenidad de quien repele golpes del azar y no productos de la

voluntad humana. Ningún enemigo de usted ha previsto la agitación que ahora padecemos y nadie capitaliza aún la protesta anónima. Usted, señor, no ha sido el blanco elegido contra el cual debiera encauzarse el descontento popular, ni es ésta una sistemática guerra de nervios que hace dudar a inconsecuentes amigos suyos. Son los de hoy hechos casuales que han servido de pretexto para que la sociedad pierda su exceso de energías, y vivimos la comprobación de cómo —al revés del aserto de muchos políticos de izquierda— los actos de un individuo suelen causar tantos o más disturbios que los de la comunidad. Otros dirán, sin duda, que no montan los móviles sino su aprovechamiento en contra del Poder. Nuestro sano juicio rechaza tal interpretación y afirma que el Perú ignora que muchos de sus males, por ejemplo, desaparecerían con una medida estrictamente económica, y que, toda vez que su pueblo halla oportunidad de vocear por las calles, lo hace por un ingenuo instinto social. En el Perú hemos olvidado las primeras causas y los pretextos valen en sí mismos: rebelarse por rebelarse, odiar por odiar, reír por reír, pues nos son urgentes una serie de emociones. Que hayan sido muertos y golpeados muchos policías, que innumerables efigies tuyas hayan resultado polvo y ceniza, no es lo primordial; sucedió porque de cuando en cuando un hombre debe formar parte de una muchedumbre irresponsable y absurda en sus movimientos. Albergue usted la certeza de que nadie de los amotinados

cree en una auténtica revolución que haga injusto el régimen que usted preside. La prueba está que en Lima fué vitoreado el señor G.; en el Cuzco, el señor N.; en Arequipa, el señor P.; y en Trujillo, el señor Z. ¿Quién de ellos es revolucionario? Ninguno. Tampoco el pueblo ignora que en el Perú sólo se trata de hacerse amigo del amigo del amigo del vecino. ¿Por qué, pues, temer nada, señor?

“Y a fin de disipar dudas y de que el Gobierno vocee su triunfo por la prensa y la radio, he aquí algunos pormenores que destruyen el hábil tejido de embustes que viene circulando hasta hoy sobre la raíz “política” de los últimos acontecimientos.

“Una agencia funeraria atendió una llamada telefónica el viernes por la noche. El empleado de dicha agencia anotó en un papel que, por mandato del profesor Juan José Díaz Fernández de la N., se alquilaba una carroza del tipo B y una comitiva de veinte automóviles para la tarde del día sábado; fué además señalado el domicilio mortuorio en la calle Concha y debería la agencia encargarse incluso de poner el aviso de defunción en los diarios. Se indagó por los datos del cadáver, mas, de súbito, y como si el señor que hablaba no pudiese añadir una palabra más, por juzgarlo innecesario, la voz dejó de escucharse en el teléfono. El empleado se decidió aguardar la confirmación de la solicitud, pero, en la noche, alguien cogió el papel y fué a colocar el aviso como si todo marchara bien; y luego la agencia buscó la

dirección —pues la casa mortuoria distaba pocas cu-
dras del viejo edificio del profesor Díaz Fernández y
la habitaba una familia Rosales—, acondicionó a se-
guida el féretro —pues ahí, efectivamente, había falle-
cido alguien y el cadáver se exhibía ya en “una capi-
lla ardiente”— y, en fin, despidióse hasta el día si-
guiente, durante el cual, como es sabido, no cumplió
su misión por ser clausurado el jirón Ica. Pues bien;
el sábado por la mañana, los amigos del profesor F.
quedaron consternados de la noticia aparecida en los
diarios —esto es, la muerte de dicho profesor—; mas,
ante la fatalidad, no cabía sino tributarle el home-
naje de un gran entierro y olvidar lo ridículamente
fatuo que había sido al tomarse por un sociólogo y
al escribir risibles ensayos. La novia y la hermana
de F., en cambio, quienes se ignoraban mutuamen-
te, no leyeron el aviso. La hermana fué informada
con rodeos por su marido, mas cuando adivinó la
verdad precipitóse a un **taxi** y exigió al chofer que
fuera a las volandas a la calle Concha. ¡Su pobre
hermano muerto desde ayer y ella sin saberlo! El
taxi, en efecto, se echó con imprudencia a devorar
decenas de cuadradas: he ahí la razón del accidente
de la calle Mantas, en el cual murieran ambos. La
novia, por su lado, telefonista ella, creyó en la ma-
ñana escuchar una alusión a la muerte del profesor
F.; sonrió incrédula camino del almuerzo; pero vol-
vió a su turno de las siete y escuchó nuevamente una
plática por el fono que tenía colgado al pecho. No

cabía dudas; pidió un diario y, ahogando un grito, mendigó permiso, pues —mintió— un hermano suyo había muerto y ella lo ignoraba hasta hoy. Para su mal, media hora antes habíase interrumpido el tránsito en el centro de la ciudad, y la policía, por precaución, había cercado la Compañía de Teléfonos. Si bien lloró y amenazó, la mujer no pudo convencer a nadie; entonces, desahogándose, subió al cuarto de controles del edificio, desde donde miró la ciudad calmosa, extraña e indiferente. La odió y, deslindando una revancha, quitó unos contactos, cierta de que no había medio alguno de paralizar todas las líneas telefónicas del país; más aún, ni siquiera las de la capital. Tan sólo unos cuantos limeños no podrían telefonar por obra suya: para esto, y no más, servía la muerte de un hombre. El técnico de la Compañía dió con el desperfecto y anunció lo criminal de la maniobra. Un nuevo batallón del ejército cercó el edificio. La mujer, al borde del desmayo, volvió a subir y volvió a quitar los contactos. La posibilidad de ser descubierta en horas en que toda la ciudad padecía el influjo de la ira popular y de una sangrienta represión por el Gobierno, hacía la olvidar la muerte de F., el único hombre ejemplar que había conocido en su vida. . . Señor, a nadie desquicie esta conducta: sabido es que en cuanto sufre, un individuo anhela que toda la sociedad le sea partícipe; y, cuando no es escuchado, se le vuelve un infidelísimo enemigo.

“Con el alumbrado público sucedió algo similar. Muchos electricistas pensaron simultáneamente (por obra del azar) que la noche del domingo iba a ser dantesca: se abrirían los fuegos de una batalla campal y los limeños sólo aguardaban el oscurecimiento que favorecería, sin duda, los planes de los rebeldes. Los electricistas deseaban saber cuáles de sus amigos serían los de la revuelta; mas, de pronto, como parecía que nada iba a suceder nunca, varios de ellos se dijeron: “¿Y si nosotros, antes de recibir alguna orden e ignorando que tal orden existe, apagáramos las luces?” Cada uno dominaba un sector de la ciudad y desconfiaba del vecino; y, así, a las nueve de la noche se oscureció un barrio y, paulatinamente, los demás.

“Con el profesor F., al revés, todo sucedió menos trágicamente. Poseía él la virtud de exhibirse siempre cuerdo y sensato, aunque sus actos pudieran tildarse de remilgados, de superfluos o de francamente estúpidos. A punta de gravedad y ceremonias, de una retórica admirable —según sus pobres vecinos— erigióse en el ideal de cuantos hombres conociera —pues evadía cuidadosamente la amistad de aquellos que pudiesen empañarle. Modelo de niños y adultos, vanagloriábanse todos de su confianza y de sus títulos, homenaje al cual también él se hubo acostumbrado. Así, muerto el primogénito de la familia Rosales —para quien F. había sido un padre espiritual—, se dispuso el profesor acompañar los

restos al cementerio; y como en casa de los Rosales le reverenciaban aún más que a la misma madre, fué, pues, muy natural que el viernes llamase él, y no otro, a la agencia funeraria. Pidió entonces una carroza; pero no había dicho sino las primeras frases, cuando el empleado indagó al otro lado del fono:

—“¿Para quién, señor? —Esto es: **¿Quién ha muerto, señor?**

“Y a él le pareció sencillo replicar:

—“Para el profesor Juan José Díaz Fernández de la N. —la voz fué digna y metálica, aunque nadie dudara que él no iba a correr con los gastos.

—“¿Cuál es el domicilio, señor?

—“¿El mío? Pues en la calle Concha, número..., interior..., su casa —acabó telegráfico.

“Uno de los ahí presentes rió. Odiaba éste al profesor por su afectación y anacronismo, y todavía más, porque F., siendo un infeliz, ganaba mucho dinero y le miraba desdeñoso a él, que era un juerguista y que no iba a dormir si no estaba ebrio. Habíanse cruzado repetidas veces en las escaleras, pues vivían en la misma casona, y, en respuesta a su desdén, el hombre le juró una paliza. A la mañana siguiente el profesor andaba inquieto; eran casi las seis y media del día sábado y la carroza funeraria no llegaba. Deudos y acompañantes no sabían qué hacer con el féretro. Asomados a la calle vieron un gentío que parecía fugar de La Unión. La política, se dijeron, la política no deja sepultar a un muchacho. Juan José

no se resignó; anunció resolver en un tris el embrollo, tomó el sombrero y partió seguido del juerguista que apostaba a que F. no cumpliría su palabra. Y así fué. El profesor, lejos de toda ceremonia, penetró en sus habitaciones de la calle Concha y se dispuso a contemplar, desde su viejo balcón, la furiosa contienda entre el pueblo y la policía. Y desde aquel su trono echó una mirada a las pasiones de los hombres.

—“¡Ah, perro lleno de ínfulas! —clamó el juerguista al llegar hasta él.

“El ilustre Juan José tembló como una hoja. El centenario balcón era una trampa.

—“¡Hoy te mato! —sentenció el hombre que, en verdad, estaba muerto de la risa.

“El profesor iba a enloquecer, cuando, casi por un milagro, abrióse, engulléndole, el piso del balcón. Temeroso de tal caída, el juerguista se lanzó a la calle y fué testigo de cómo unos jóvenes se defendían encarnizadamente de la policía; y entonces el viejo liberal renació en su pecho y, al ver que los estudiantes auxiliaban al profesor y le creían víctima de un sablazo, dijo que éste era el día que había aguardado siempre. Ahora exhibiría su protesta, ahora explicaría dónde fallaban las reformas sociales. Cogido del brazo de F. arengó a la multitud e inició el avance contra la fuerza armada, en tanto que el profesor, al volverse a huir, dióse con su sobrino (apellidado Fernández Díaz) que le prestó ánimos y le abrazó

por participar de sus ideas políticas. Venía el joven de ser un héroe en la plaza de Armas, el héroe a quien ya nos hemos referido en este informe. Entrambos, pues, F. quedó prisionero y fué obligado a dar mueras contra usted, señor. Y hubo algo más: el juerguista, que sólo concebía a un hombre luchando a brazo partido, remeció a F. al verle temeroso; y fué entonces cuando, sin saco —pues el juerguista le exigió despojarse de él en un ademán muy varonil— le fué tomada a F. una fotografía por el diario de oposición. He aquí el origen de aquella airada figura de Mesías que arrebatara a muchos limeños cuando fué leída la edición matinal de dicho diario. Hoy, sin embargo, Juan José Díaz Fernández de la N. está en nuestro poder, aunque mañana le dejaremos libre pues ya con él nos divertimos mucho.

“Confesamos el orgullo, señor, de haber dado con el culpable, a quien aconsejamos llamar **Mister X** por la radio y por la prensa, como el símbolo que confirma nuestra muy peruana teoría. Sospechamos, no obstante, que algunos interesados en congraciarse con usted le informarán que el deseo de algunos por penetrar en la calle Concha, por ejemplo, debióse a que allí se reunían, secretamente, hombres con suficiente poder y habilidad como para arrebatarle a usted el mando; que fué un joven bárbaramente acosado por la policía quien se desplomó exánime a la calle; añadirán que nuestra versión del suicidio en Huan-cayo es falsa, y que los indígenas fueron masacrados

luego de una protesta obrera (originada por la negativa patronal al aumento de sus míseros salarios en una fábrica textil); vocearán que pacíficos y humildes vendedores de la feria dominical cayeron injustamente acríbillados y, más tarde, conducidos sus cadáveres a la estación del ferrocarril de Huancayo, el cual los llevaría lejos y evitaría así el escándalo; por fin, según ellos, la interrupción del tránsito, del alumbrado y de las comunicaciones con el interior del país obedecía a una innegable rebelión, y que a nadie puede satisfacer nuestra explicación de los motines por el azar y por "accidentes" más o menos curiosos. Dirán que este ridículo profesor F. no existió jamás, como tampoco existieron su hermana o su novia; que la versión del cadáver del primogénito de la familia Rosales es un embuste —nadie con ese nombre, argüirán, ha fallecido en Lima en los dos últimos años—; que el accidente de tránsito en la calle Mantas fué una venganza revolucionaria planeada de antemano y que de sus resultaş murió un íntimo amigo de usted, el jefe de nuestra policía, castigado por sus muchísimos abusos (según ellos, dos obreros, uno en su camioneta, y otro, el conductor del tranvía, estrellaron su automóvil y le dieron su merecido); en fin, señor, en una palabra, han de decir que falseamos la verdad y han de amenazar que los motines de hoy son un preludio de la gran revolución de mañana. Pero nuestra opinión es del todo adversa y deseamos que usted la escuche y acate, al igual que tantas veces. El juicio de

que al pueblo peruano no le incumbe penetrar cuáles sean los pretextos, sino el lanzarlos contra usted, lo calificamos de pueril. Nuestro país, antes que guiado por la justicia o el destino ideal del hombre, lo está por sentimientos más terrenos. Durante siglos no ha precisado de grandes ideales, lo cual nos autoriza decir que habitamos un lugar perfecto en el sentido que, si hay desdicha, también hay medios de cómo olvidar la amargura. Nadie tan hábil como el hombre para fabricarse puertas de escape; vive, digamos, equilibrado en una realidad imperfecta: sus energías están colmadas y no puede llamarse un absoluto inconforme. Aceptamos, pues, que nuestra nación es imperfecta; mas, teniendo todas las puertas posibles de escape a fin de que los hombres empleen su tiempo —así sea soñando o deseando—, nuestra nación es perfecta. He aquí esta ley peruana que para muchos será un sofisma.

“Finalmente, cuantas veces se trate de averiguar la primera causa de hechos semejantes, rechace opiniones que no sean nuestras. En el Perú nadie se pregunta por qué ni para qué vive, si el mundo es justo o no, cuál es la auténtica misión del Estado, o si la muerte significa liberación o humillación. Las primeras causas han muerto. Aquí se ríe o se llora por ser atributos de la especie humana; aquí el pueblo no se propone nada y, por consiguiente, usted no debe sentirse ni amedrentado ni febril por el anhelo de darles la luna. Continúe su labor de administración

de los bienes públicos, continúe levantando sin premura, aquí una escuela, y allá un edificio, que no tiene usted por qué martirizarse; y viva en paz, al igual que nosotros, sus consejeros, desde hace tantísimos años. . .”

1947.



COLOFON

por Alberto Escobar

Extraño caso de vocación literaria en el ambiente nuestro, el autor de este libro prefirió el reclamo interior a la solicitud práctica, y un buen día abandonó definitivamente los estudios de medicina para dedicarse al oficio de escritor. De esto no hace mucho, algo menos de siete años; no obstante, C. E. Zavaleta exhibe en la actualidad obra nutrida y varia; enmienda y recomienza a cada paso, y nos promete, cada día, tareas para cuyo logro cuenta, sobre todo, con el empeño propio de los años mozos y con una contagiosa fe en la función del escritor y del artista.

Tócame bosquejar brevemente el fruto de lecturas y pláticas habidas en ocasiones distintas y dispersas, como la suerte de las piezas que ahora integran el volumen. Es mi testimonio el del observador que tuvo el privilegio de seguir muy de cerca la evolución del compañero de empresas; está ligado, como este libro, a una serie de supuestos, de convicciones pregonadas entre quienes consideran que el escribir implica una responsabilidad que trasciende el mero hacer individual, y que es, a la vez, una profesión, una necesidad de comunicar y recoger las inquietudes y presiones reales, sin menosprecio del fundamento estético de la creación artística. Tal es la posición que voluntariamente ha escogido Zavaleta. Desde ella, entendiéndola en su dificultad y en sus riesgos, puede comprenderse la dura belleza de este libro, su lirismo suave emergiendo de una tragedia diaria, esa antinomia que vaga entre sus páginas escapadas del instinto al sentimiento, y ese esfuerzo permanente, tenaz, de alfarero oriental insatisfecho de la forma, deseoso de comprimir la riqueza y vigor de su significado.

* * *

“Mister X” y “Una Figurilla” son, a la vez, los relatos más antiguos y apropiados para determinar cómo ha ido evolucionando la concepción de Zavaleta en cuanto a la temática y a la definición de sus recursos técnicos.

Es “Mister X”, narración pura y proyección lineal de los acontecimientos, la única composición del libro cuya acción se desenvuelve plenamente en Lima, un centro urbano, en espíritu y forma; en otras obras como “El Peregrino” y “La Rebelde”, la ciudad juega sólo el rol de escenario sin que en momento alguno revista su referencia mayor importancia. Los personajes **inmedia-**

tos de "Mister X", es decir, los que más visiblemente participan en la acción, no adquieren relieve ni llegan a configurar un problema personal psicológico, sino que contribuyen a la estructuración de una vista panorámica de lo acaecido; ayudan a formular y rechazar posibilidades, agregan detalles y matices pintorescos, pero no se da en ellos, ni merced a ellos, nada de lo sustantivo de la obra. Son los personajes que podríamos denominar **mediatos**, o sea, los supuestos redactores del "informe", quienes desde su escritorio invisible crean una versión de los hechos y extraen inesperadas conclusiones, a las que prodigan, además, un aparato expositivo coherente, urdiendo en este proceso su propia caracterización. El autor ha evitado en la versión actual repeticiones innecesarias del texto que apareció en **El Repertorio Americano** (Junio, 1951); ello contribuye a la mejor fluidez que ahora se advierte, aunque en nada altera lo dicho en cuanto a los actores, pues casi podría afirmarse que "Mister X" no tiene personaje, ni puede decirse que el personaje central de la investigación se convierta en el personaje central del cuento, ya que no lo hay. Es la intención, la actitud serena e irónica de que hacen gala los redactores del "informe", vale decir, la crítica fina, a base de eliminación de imposibles, la nota sobresaliente en el relato que combina el interés persecutorio de la trama con una persistente actitud irónica.

No conozco otro relato de Zavaleta que reúna estas cualidades; podría agregar que ni siquiera abundan en la narrativa nacional. Entiéndase que no se trata de la sátira política franca, que nada hay en común con la caricatura ni con el tono festivo. Hay humor, sí, moderado, de pretensiones "serias"; humor que no recurre a la picardía ni al gracejo. "Mister X" revive con ven-

taja páginas hoy olvidadas, suscritas con intención similar por Cloamón, Federico Elguera o Federico Blume. Y queda como una muestra rara en la narrativa contemporánea del Perú y como certificación del camino que su autor puede aprovechar.

Aunque de tema diverso, "Una Figurilla" tiene, no obstante, afinidad con el relato anterior por la similitud de la composición sencilla, sin más recursos expositivos. Ciertamente existen diálogos, pero menudos y poco frecuentes; apenas si tienen importancia las alteraciones de la unidad temporal. En cambio, ha desaparecido el clima de la obra anterior, y a la enumeración de hechos externos reemplaza un argumento que es mezcla de evocación y descripción; proyección lineal, también, pero ésta es hacia atrás. El recuerdo del niño une idéntica sensación confusa de miedo, impotencia y orgullo. El personaje se halla más provisto de hondura psicológica; algunos rasgos de la vida familiar bastan para dar una idea de ella, mas el centro de la narración lo constituye ese niño que siente y padece su pequeña tragedia y se reconforta sorprendido ante su solución. Comparando ésta con la versión aparecida en la revista **San Marcos** (1948) se advierte la eliminación de algunos párrafos y la depuración del léxico. La técnica del monólogo interior, con sus oscilaciones temporales y tránsitos de la plena subjetividad en contraste con la realidad, prueban el buen éxito del experimento verificado por el autor y constituyen la base de ulteriores realizaciones. Pero lo que atrapa es la atmósfera lograda, la cual deja en el lector una impresión favorable que ha sabido conjugar la sencillez del mundo infantil y su poesía llana, con viejos temores sombríos y fugaces.

* * *

“La Rebelde” y “El Ultraje”, se me ocurren caracterizados por la búsqueda de la expresión formal del género cuento. En la primera narración aparece sacrificada la unidad en beneficio de la “perfección teórica”; y ambas revisten interés mayor como hitos en la producción de Zavaleta y anuncio de condiciones que se darán en obra como “La Batalla”. Nótese el predominio del diálogo, la preocupación de verificar el “suceder” del argumento en el discurrir de éste; el ritmo de la exposición en *tempo vivace*, y, en especial, repárese en la presencialidad de la acción. Adviértase cómo el ejercicio de estos recursos ha inducido al autor a condensar y resumir los textos, contrariando su frecuente disposición analítica. Y nótese, además, en “La Rebelde”, cómo el argumento se nos presenta impuesto; la precipitación repentina de la última parte, como una ruptura entre lo que se está diciendo y lo que se pretende decir; y, en “El Ultraje”, el peligro que entraña la asimilación de vocablos ajenos a la lengua oral que, al ser introducidos aun fuera de los diálogos, provocan una sensación excesivamente convencional, que desdice la violencia y aminorar la espontaneidad que requieren el tono y el planteamiento en que ha sido colocado la obra. “La Rebelde”, de ambiente en apariencia urbano, no lo es en el fondo. “El Ultraje” nos traslada nuevamente al campo, a predios que el autor conoce y domina, donde instinto y sentimiento se muestran elementales y cuyas complicaciones son apenas incipientes. Ambos cuentos reflejan un espíritu insatisfecho, agónico, angustiado por la realidad inexorable; ambos recogen del interior de la persona humana la fuerza ciega que la decide por sobre prejuicios; ambos, despojados del tono poético de “Una Figurilla”, se diluyen al asomo desconcertante de claridad y sosiego.

* * *

“El Peregrino”, historia de un estudiante interno en Guadalupe y después alumno de la Facultad de San Fernando, repite el escenario limeño en un joven emocionalmente provinciano. El recuerdo le hace a éste retomar constantemente facetas de su vida infantil y escenas familiares que se agolpan y actualizan merced al cinematógrafo del monólogo interior. Las exclamaciones de David crean pausas que realzan los contrastes, y, en proporción igual, los diálogos con seres ausentes le dan al relato una atmósfera teatral, celosa de los desplazamientos de sus personajes. A la facilidad narrativa de otros cuentos, el autor agrega en éste descripciones felices con las cuales consigue dibujar fondos adecuados para el **tempo despacioso** de la evocación nostálgica. A ratos tornan a sacudirnos impresiones brutales, estallidos de lo más oscuro de la persona. Y, así, el **peregrino** expía a pausas su remordimiento, reclamando el auxilio de nuevos vejámenes para sentir ese dolor, que, como aquellas represiones absurdas y pavorosas del internado, le inventan un adormecimiento transitorio. El **peregrino** acude al recuerdo en pos de la fortaleza que le exige el presente, y su desazón, su inquietud íntima y destructora se aplaca como ante una catarsis, en tanto que el recuerdo del mar derrota nuevamente a la soledad y que el remordimiento incierto le empuja otra vez a la lucha.

* * *

“La Batalla” es sin duda la pieza más lograda y hermosa escrita por C. E. Zavaleta. No tendría sentido afirmar que cierra un período y, por ende, lo remata. Creo sí que puede sostenerse, sin temor de exagerar, que el autor en este cuento ha combinado un gran conocimiento técnico de la forma literaria, mayor desenvoltura y dominio de la prosa, con un profundo lirismo que con-

cede a la obra un tono uniforme, incluso en los instantes desgarradores y violentos. Lenta, pausadamente, al ritmo de los pasos del forastero, se va ingresando en un cuadro integrado por emociones escolares, paisajes de campo, colorido de trajes y algarabía de festejos. La narración avanza con el personaje y la acción se desarrolla atencediéndole, esparciéndose en rededor suyo; avanza **in crescendo**, envolviendo la escena hasta un climax de furor y sangre, cuando un hombre ebrio se empecina en destrozar al cóndor y éste resiste y grazna atormentado. Gozo torpe, gozo alucinado, mezcla de solicitudes primitivas y fuerzas tradicionales. El forastero nos introduce en la visión del pueblo, y ésta, tan diferente de las trazadas por el autor en otros cuentos, parece que quisiera dibujarlo inconfundible y concretarlo; júzguese no sólo la denominación geográfica sino también las referencias a personas, productos y fábricas de una localidad cierta. En este cuento las imágenes de mayor expresión son las auditivas y visuales; se vale Zavaleta de ellas con frecuencia y acierto; recuérdese que se inicia el relato con el sonido prolongado de “la primera corneta de la banda del colegio Santa Inés de Yungay”, y concluye con una actitud indefinida, porque el “forastero no vió eso” que sucedió después de su retorno. Entre uno y otro extremo, se suceden impresiones e imágenes que describen, narran y diseñan a través del personaje la gesta de todo un pueblo, casi canto épico, al par tierno y quedo. “La Batalla” nos muestra a Zavaleta elaborando el tema rural cuyo conocimiento directo, a más de su poderosa capacidad de evocación, explica la autenticidad y sinceridad de sus páginas, rebasando todos los moldes costumbristas. Sin duda, constituye el campo, la visión de su destino y sus gentes, como personas individuales y como agrupaciones, un tema dominante en Zavaleta, de lo cual debemos regocijarnos.

Este cuento nos lo muestra, además, egresado de las experiencias técnicas que lo cautivaran una época; alterna ahora métodos diversos según las exigencias del material, pero, son sin duda, también, la introspección, la evocación, el recuerdo, una veta dispuesta siempre a favorecerle, al igual que la narración pura, como la forma que más espontáneamente cultiva. Y es "La Batalla" un cuento que de manera muy clara señala el peligro más próximo, capaz de malograr las obras de este autor; vale decir, su desmedido afán de emplear términos castizos, vocablos no usuales, giros exageradamente literarios, siendo, como es su lenguaje, predominantemente oral y de extracción popular. "La Batalla es, en fin, y resumiendo, el mejor cuento de esta selección y el más sugestivo en la carrera de C. E. Zavaleta.

No quisiera terminar estas líneas sin referirme a la ubicación que le corresponde al autor de **La Batalla** y de **El Cínico** en el panorama actual de las letras nacionales. Repito que es un hombre joven: tiene veintiséis años; milita en una promoción que se esfuerza por reavivar la narrativa y lo viene intentando con singular éxito; y es por suerte un escritor que quiere comunicar su pugna interior y sabe hacerlo con belleza y fortuna, con tenacidad y esperanza. Quien lea con atención este libro no opinará diferente; y quede el resto en manos de la "crítica" limeña.

* * *

INDICE

La Batalla	7
El Peregrino	27
El Ultraje	45
La Rebelde	55
Una Figurilla	63
Mister X	81
Colofón, por Alberto Escobar	109

Este libro se terminó de imprimir
el 5 de agosto de 1954, Año del Li-
bertador Mariscal Castilla, en los
Talleres de Artes Gráficas Ti-
pografía Peruana S. A. Rá-
vago e Hijos, Enrique. Isa-
bel La Católica 93 - 99
LIMA — PERU

gresado, desde su mocedad, por cauces donde no traiciona jamás la entraña popular. Dueño de un lenguaje persuasivo o arrebatado, según los argumentos, y de una minuciosa técnica de composición, ha escrito estos seis cuentos en seis estilos diferentes. Pero todos exhiben personajes que sostienen una misma **batalla**, ya sea en el orden psicológico o social, a fin de librarse de la pura tradición, de la desdicha y de la mentira.

La admiración que ha de despertar este libro se verá aún más justificada con la próxima publicación del relato "Los Ingar y sus Manos", y de la novela fundamental sobre el Perú, que Zavaleta ha concluído.

PORTADA:

Francisco Espinoza Dueñas.





863.63 Z39B



a39001



008185004b

